número catorce | diciembre 2008
ISSN 0718-4786

grifo

escuela de literatura creativa universidad diego portales

ENTREVISTA *Alan Pauls: Al rescate de los géneros menores*

PERFILES *Lytton Strachey, Yolando Pino y Carlos León por Francisco Mouat*

GRIFO AWARDS 4.0 *Ganadores del Cuarto Concurso Literario*

TRADUCCIÓN *Andrea Palet traduce a Miranda July*

EDITORIAL

La importancia de ser un grano de arena

POR **DANIEL CAMPUSANO**

Sabemos que el destino natural de la mayoría de los hechos es perderse en la intimidad en que fueron protagonistas. Por esto, más que pequeñas y grandes historias, lo que nos rodea serían vidas públicas y anónimas. No más importantes unas de otras, no menos miserables. En la cotidianeidad de toda humanidad suceden anécdotas que encandilan más que cualquier testimonio escrito. Pero, desde luego, resultan inadvertidas, esfumadas por la ausencia de algún oído y una mano que las transcriba. No podría, entonces, repito, hablarse de biografías mínimas sino de vidas testificadas y otras que nadie ha atestiguado.

Al acto de rescatar intimidades comunes de una existencia, de desgranar las particularidades de personajes reales –en este caso relacionados al ejercicio literario– que, sin buscarlo y bajo un hálito de prudencia, plantaron en sus figuras una misteriosa perpetuidad, responden tres textos de este número. Las esencias y circunstancias con que nuestros colaboradores escriben las vidas de Carlos León, Yolando Pino y Lytton Strachey, representan y personifican el acto de escarbar en los matices de heroísmo e imperfección, de estallidos y silencios, de fragilidades y actos fallidos que testimonian una historia real y, por esto, sugerente: son biografías que seducen y perturban por su humana conexión entre fatalidades, triunfos, azares y coincidencias.

¿Cambiaría nuestra visión sobre Obama o Marcelo Bielsa si supiéramos, por ejemplo, que ambos disfrutan haciendo gargajos con el jugo de naranjas? Enterarse de los hábitos más internos y entrañables de los personajes públicos, por un lado, y advertir, asimismo, que el más corriente ciudadano podría ser el más preciado y furtivo personaje, parecen las constantes que validan este ejercicio narrativo de meterse en los estómagos, en las manías y obsesiones de personajes reproducidos tanto en su perfil secreto como en sus conductas manifiestas.

En un hostal del suroeste de Australia, un amigo compartió pieza con un robusto israelí distinguido por su cordialidad y preocupación. Lo apodaban Rambo. Una noche de verano mi amigo escuchó, de la boca de otro israelí que vomitaba en el pasillo, que Rambo no necesitaba trabajar porque el gobierno de Israel lo había condecorado como héroe de guerra. En plena batalla, hace algunos años, Rambo había perdido su metralleta quedando sin otra posibilidad que golpear y estrangular a su enemigo palestino. El próximo destino de Rambo, quien por las tardes escribía poemas de amor a una tailandesa, sería probar suerte como guardia de minas de oro y uranio en algún desierto de Namibia. Lo normal, como tantas historias privadas, es que la vida de este asesino bondadoso y exculpado se pierda en la inadvertencia o bien en la abulia de sus interlocutores.

Este ejercicio de rescate literario parece confirmar que cada ser humano es un importante grano de arena, un meteorito que flota en la galaxia igual que otros miles de millones pero que, de pronto, puede encontrarse con algo e incluso adquirir la importancia de destruir un planeta. La vida, por supuesto, es una galaxia igual de densa que vacía.

grifo

ISSN 0718-4786

GRIFO, número catorce, 2008, Santiago de Chile,
Escuela de Literatura Creativa Universidad Diego Portales.

Director Daniel Campusano
Edición General Marco Quezada, Lucas Vergara
Editores Camila Valenzuela, Gerardo Valle
Editora Web Daniela Sarrazín
Corrector de textos Cristián Cox
Productora General Julieta Marchant
Productor Concurso Literario Cristián Pavez
Asistentes editoriales y de producción Gabriela Flores, Vivian Vidal

Colaboradores Timo Berger, Eduardo Castillo, Julio Gutiérrez, Francisco Mouat, Felipe Moncada, Andrea Palet, Claudio Ponce, Nicolás Rodillo

Diseño Cortés-Justiniano
contacto@cortesjustiniano.cl
Impresión Ograma Impresores

Contacto contacto@revistagrifo.cl
Sitio web www.revistagrifo.cl

Esta publicación es parte de los talleres de producción y gestión editorial administrado por alumnos de pregrado de la ELC.

Fotografía de Claudio Ponce

Más fotografías de Claudio Ponce
en la página 8.

contenidos

4 **De lo que le contaron a Yolando**
POR CRISTIÁN COX P.

8 **La conquista del abandono: ocupantes de la carbonería Dávila**
FOTOGRAFÍAS DE CLAUDIO PONCE

12 **Entrevista a Alan Pauls: Al rescate de los géneros menores**
POR NICOLÁS RODILLO

15 **Traducción: Miranda July**
POR ANDREA PALET

20 **Un hombre de Playa Ancha**
POR FRANCISCO MOUAT

26 **Waldo González, a la sombra de la casona**
POR EDUARDO CASTILLO

29 **Inéditos: Poemas de Timo Berger**

31 **Lytton Strachey: El lamento horizontal**

Crítica de libros

35 Al final, sólo queda el porvenir del porvenir: *Una novela real,* Minae Mizumura
POR JULIO GUTIÉRREZ G-H

36 La patria, un testimonio de muerte: *El cementerio más hermoso de Chile*, Christian Formoso
POR FELIPE MONCADA

Ganadores del concurso literario Grifo 2008

38 Primer lugar, categoría poesía escolar: *Diana*
POR PAOLA HERMOSILLA

39 Primer lugar, categoría cuento escolar: *Los actores*
POR ANDRÉS MONTERO

42 Primer lugar, categoría poesía libre: *Vuelo*
POR RODRIGO ARROYO

44 Primer lugar, categoría cuento libre: *Vera Kopta*
POR FELIPE GONZÁLEZ A.

PERFIL

De lo que contaron a Yolando

POR **CRISTIÁN COX P.**

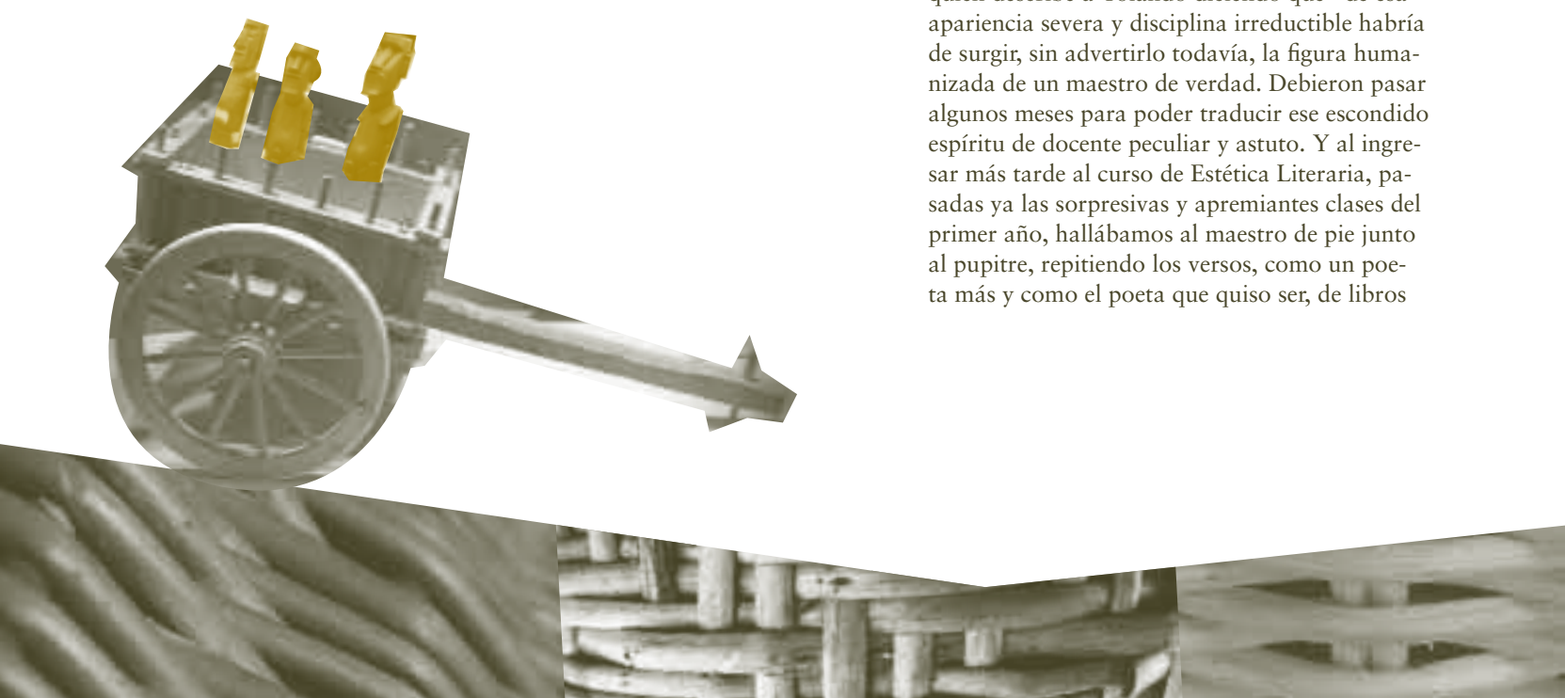
Esta es la historia de un hombre que nace en Parral el primer año del siglo pasado. Del hijo de un funcionario de ferrocarriles de Chile y de una madre que muere tempranamente. La historia de un muchacho de nombre nada común que se muda de Parral a Valdivia, con siete hermanastros de la nueva relación de su padre. Cuando éstos crecen, Yolando Pino (1900-1992) es ya un adolescente con espíritu de poeta y la inquietud de un buen estudiante. Ingresa al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde conoce y traba amistad, en los cursos que su carrera compartía con los estudiantes de Francés, con Neftalí Reyes. Con él comparte lecturas y escrituras, alguna musa universitaria, un vagón de lento andar, la misma infancia entre estaciones y álamos.

Por más de treinta veranos, con un maletín cargado de cuadernos vacíos y mucha tinta, Pino partió a recorrer Chile. Coquimbo, Illapel, La Unión, Río Bueno, Los Andes, Pomaire, Valdivia, Los Lagos lo vieron buscar, solo o acompañado de Marina, su segunda mujer, cuenteros de esas zonas. Pino, en treinta años, rescató una tradición oral de cuenteros y cuenteras que relataban sobre reyes y espadas, gallinas que ponían huevos de oro, gigantes y hechizos, pillos, sobre todo pillos y diablos.

Su amigo dejó de llamarse Neftalí cuando él se encontraba en Alemania realizando un doctorado de Filosofía. Estudiaba los métodos de investigación filológica y literaria de Dilthey, de Vossler, de Curtius y Spitzer en la Universidad de Hamburgo. Entre los estudios, Yolando leyó uno de sus poemas a su tutor, quien respondió que "eso" no tenía ninguna importancia. Luego, a finales de su doctorado, Yolando vuelve a leer poesía, pero no la suya. Lee los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de un desconocido Pablo Neruda. Recita y traduce los versos a un grupo de profesores prusianos en Berlín. Fue la primera vez que en Alemania sonaban éstas palabras: "Niña morena y ágil, el sol que hace las frutas, / el que cuaja los trigos, el que tuerce las algas, / hizo tu cuerpo alegre, tus luminosos ojos / y tu boca que tiene la sonrisa del agua."

Décadas después, los profesores prusianos y académicos de la Universidad de Hamburgo aplaudirían el Nobel del poeta que alguna vez escucharon en la voz de un hombre moreno de Parral, del Dr. Yolando Pino Saavedra.

A su vuelta, siendo uno de los primeros chilenos en sacar un doctorado en el extranjero, Pino se convierte en un académico dedicado a la investigación científica y al estudio de la Ciencia General de la Literatura y a la Literatura Alemana Moderna. La Universidad de Chile lo acoge para que el experto imparta cátedras de Estilo y Composición y de Estética Literaria. Alumno suyo fue Marino Pizarro, ex rector de esta universidad, quien describe a Yolando diciendo que "de esa apariencia severa y disciplina irreductible habría de surgir, sin advertirlo todavía, la figura humanizada de un maestro de verdad. Debieron pasar algunos meses para poder traducir ese escondido espíritu de docente peculiar y astuto. Y al ingresar más tarde al curso de Estética Literaria, pasadas ya las sorpresivas y apremiantes clases del primer año, hallábamos al maestro de pie junto al pupitre, repitiendo los versos, como un poeta más y como el poeta que quiso ser, de libros



que habrían de constituir lecturas obligadas de nuestro quehacer estético.” Yolando nuevamente se encontraba recitando poesía, ésta vez de su propia traducción, la primera al castellano de los poemas de Rainer Maria Rilke.

La cúspide de su carrera académica sería el decanato de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Pero su período de gloria fue corto: una huelga de alumnos del Pedagógico dejaría al margen a un frustrado Yolando, quien no sería reelecto, perdiendo la cima y todas sus intenciones por cambiar la estructura interna de la Facultad. Sin embargo, y sin imaginarlo, ese hecho fue esencial en su labor literaria, pues sin saber qué hacer y con mucha rueda por delante, Pino se las ingenió para aprovechar una carta bajo la manga que traía hace ya varios años. El truco que haría con dicha carta, sería el trabajo más trascendental de su vida.

De aquí en más, ésta no es la historia de un poeta. Los poemas de Pino ya no existen. Comienza ahora la historia de Yolando Pino.

Los cuentos

Por más de treinta veranos, con un maletín cargado de cuadernos vacíos y mucha tinta, Pino partió a recorrer Chile. Coquimbo, Illapel, La Unión, Río Bueno, Los Andes, Pomaire, Valdivia, Los Lagos lo vieron buscar, solo o acompañado de Marina, su segunda mujer, cuenteros de esas zonas. Pino, en treinta años, rescató una tradición oral de cuenteros y cuenteras que relataban sobre reyes y espadas, gallinas que ponían huevos de oro, gigantes y hechizos, pillos, sobre todo pillos y diablos. René, uno de sus hermanos, tenía un terreno y una casa a las orillas del Lago Ranco.

También, durante esos años, continuó viéndose con Neruda, en Chile y en el extranjero. Marina recuerda algunos paseos a Isla Negra, comentando que cuando había poca gente, Neruda era muy amable, pero cuando se reunían muchos escritores, mandaba a las mujeres a la cocina.

Ése fue uno de los refugios al que el académico recurrió asiduamente para realizar la búsqueda. Ahí, junto a Marina, aguardaban, esperando algún encuentro. Según la viuda, ella tenía las instrucciones de salir en búsqueda de los relatores, que en esos años y en esos rincones brotaban de la tierra. También cuenta la señora Marina que un día, caminando por

Gentileza de Marina Mora

una playa de piedras lisas y arrayanes que se acercaban a la orilla del lago, encontró a una pareja de mapuches sentados mirando el agua. Ella se les acercó y les preguntó si sabían cuentos. Ante un

En los últimos días de su vida casi no se le veía salir de su escritorio. Si hacía calor en primavera y verano, Yolando salía al jardín y tomaba un mote con huesillo bajo las ramas sin hojas de un granado. Si el cerro Calán era víctima de un incendio, salía con traje elegante y corbata a mirar las gigantes llamas que consumían el pasto seco, para luego volver a desaparecer en la entrada sombría de su casa.

gesto afirmativo, partió en busca de Yolando, que esperaba en la casa de René. Entonces, él bajaba a la playa y Marina se quedaba. Ella nunca estuvo presente en las entrevistas. Tampoco cuando Yolando, sentado en las piedras, transcribía cada palabra que la pareja mapuche decía, palabras que sonaban despacio y avanzaban rápido, provenientes de voces que hablaban un castellano matizado e intrincado por el ritmo y acento mapudungun.

¿Qué habrán pensado Filidor Aguilar, Ulberto Moll, Calixto Carrasco, Zoraila Corona, Felisa Acuña, Escolástica Garrido, hace más de sesenta años, cuando aparecía –cruzando un cerco en mitad de un potrero del fundo Güeimén, perdido en la huella de una yunta de bueyes o descansando en una loma– un señor extraño, vestido de traje elegante y con un maletín de cuero? ¿Qué habrán pensado cuando al encontrarse con ese hombre, notaran que escribía cada cosa que decían?

De ese trabajo nacen tres tomos titulados *Cuentos Folklóricos de Chile*, publicados por Editorial Universitaria (1960-1963). Es un registro invaluable que reúne varias decenas de artistas de la palabra, muchos de ellos analfabetos. Además del rescate folklórico existente en cada libro y de la fidelidad que hay en la trascripción de Yolando (que traduce las voces de los cuenteros tal cual eran), existe un análisis teórico –hecho por él mismo– respecto al origen de los cuentos. Cada cuento tiene un análisis y una clasificación distinta que termina por agrupar, según el origen, las versiones existentes en Europa y América o si son únicos en su especie. Cuentos como

El medio pollo de Calixto Carrasco, que trata de un pollo que encuentra una naranja de oro y se hace el pillo con un rey, era, según Pino, "una buena versión del tipo 715". Es decir, existen otras versiones del mismo cuento en Alemania, Albania, Italia y Francia, entre otros países. *El Medio Pollo* parte así: "Est' era una viejita que tenía una gallinita, y la echó con quince güevoh, y de los quince güevos salió un pollo, y la viejita dijo: "Le voy a poner Medio Pollo", y le puso porque era más chico. Un día estaba tostando la viejita y el medio pollo jue a comele trigo, levanta la paleta y la plantó un paletazo al medio pollo. El medio pollo le dijo: –¡Vieja mezquina!"

Hasta el 92

Desde la publicación de *Cuentos folklóricos de Chile* –obra traducida a varios idiomas–, Yolando comenzó una nueva vida en donde volvió a viajar e incluso vivir en el extranjero. España, Alemania, EE.UU. e Inglaterra fueron algunos de los destinos de Pino. Gran parte de esos viajes se debieron a su membresía en la Real Academia de la Lengua, de la cual participó hasta su muerte. También, durante esos años, continuó viéndose con Neruda, en Chile y en el extranjero. Marina recuerda algunos paseos a Isla Negra, comentando que cuando había poca gente, Neruda era muy amable, pero cuando se reunían muchos escritores, mandaba a las mujeres a la cocina. La relación Neruda-Pino acaba cuando el poeta Nóbel fallece en las circunstancias que aquejaban al país en los primeros días de la dictadura. Clima tenso y oscuro del cual fueron testigos los que asistieron al funeral del poeta, entre ellos, Pino. Marino Pizarro relata que Yolando fue el encargado del discurso fúnebre en representación de la Academia de la Lengua. Las últimas palabras de su discurso fueron: "Y ahora que el cuerpo de Neruda abandona su residencia en la tierra, su espíritu inmortal se eleva a las alturas para gloria de la patria".

Su guarida

La casa de Yolando y Marina, en las faldas del cerro Calán, fue centro de reuniones literarias. Bajo el Observatorio de la Universidad de Chile, se instalaron en una modesta y agradable casa de jardín pequeño y árboles frutales. Allí pasaron la dictadura, el uno metido en su escritorio oscuro, anotando sobre papeles sus estudios, y la otra, afuera, en la terraza, haciendo sonar las ollas, reventando a los milicos con garabatos cuando el sol se ponía lejos y los ruidos de Santiago se silenciaban. Por esos años a Yolando le tocó viajar nuevamente a Europa. Por un error con las fechas del vuelo que no alcanzó a tomar, se endeudó con el pago, significando una crisis en Yolando, quien ya bordeaba los ochenta años, y que pasó sus últimos en extrema sencillez, tanto como para escribir sobre hojas ya usadas que pedía a un vecino.

En los últimos días de su vida casi no se le veía salir de su escritorio. Si hacía calor en primavera y verano, Yolando salía al jardín y tomaba un mote con huesillo bajo las ramas sin hojas de un granado. Si el cerro Calán era víctima de un incendio, salía con traje elegante y corbata a mirar las gigantes llamas que consumían el pasto seco, para luego volver a desaparecer en la entrada sombría de su casa. Y esas eran sus salidas. El resto del tiempo escribía, estudiaba junto a volúmenes y ediciones de su edad o más antiguas del Quijote, con boletines de la Academia Chilena, diccionarios, con los relatos folklóricos de esos cuentistas que nunca supieron que sus nombres y sus cuentos se encontraban en todo el mundo. En esas murió Yolando, cuando un fuerte dolor en el pecho lo sacaría de su guarida literaria para mandarlo al hospital y luego a la muerte.

Fueron noventa y un años hechos cenizas que se hundieron bajo la corriente del Mapocho, arriba, donde las aguas del río todavía acarrean todos los colores de los cerros.

La conquista del abandono: ocupantes de la carbonería Dávila

Fotografías de Claudio Ponce

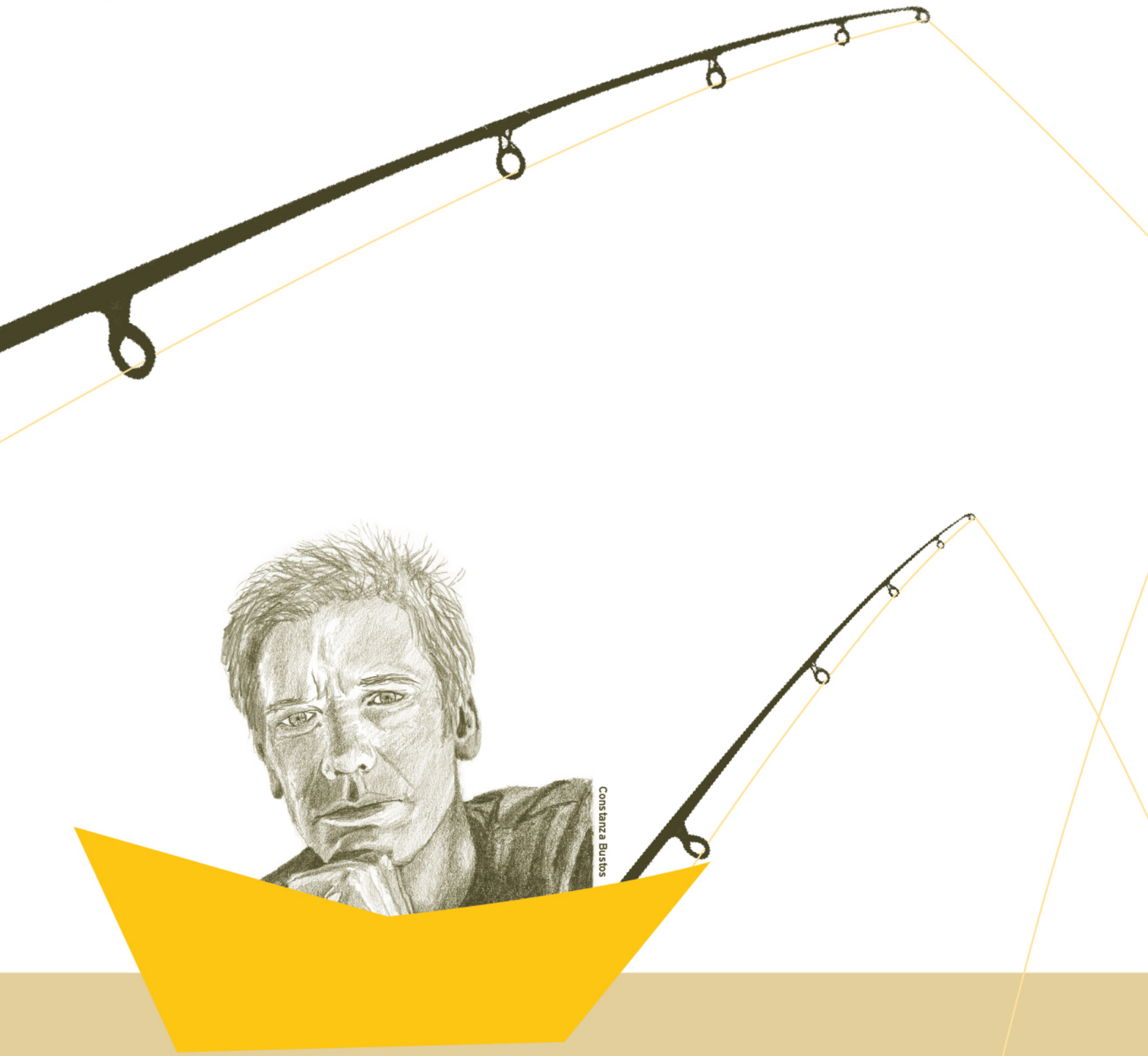
Las fotografías de Claudio Ponce Orellana nos introducen a un espacio ambiguo entre el abandono y la reapropiación. Los personajes de sus retratos habitan en la desolación de la carbonería abandonada dentro de su espacio propio e incluso familiar. Las posturas que adoptan, la actitud que capta el fotógrafo en estos ocupantes, contrastan con el entorno hasta redefinirlo en torno a ellos. Los recolectores aparecen en posturas épicas, conquistadores que reclaman para ellos este lugar. Es en este cruce de actitudes y contexto donde se recupera la humanidad de los ocupantes: concientes de ser fotografiados posan en juego, siguiendo los moldes de la fotografía, allí, donde es inesperado hacerlo.

Al retratar a sus ocupantes y al entorno que los rodea (sus espacios habitables), Claudio Ponce logra construir el relato de un espacio perdido que es recuperado y recontextualizado sin perder de vista a los actores de este hecho.

Estos retratos de Claudio Ponce, fueron expuestos en la reciente versión de la muestra *Fotoamérica*.

Entrevista Alan Pauls:
Al rescate de los géneros menores

POR **NICOLÁS RODILLO**



Constanza Bustos

Alan Pauls (Buenos Aires, 1959) ha publicado las novelas *Wasabi* (1994), *El Pasado* (2003, Premio Herralde de Novela) e *Historia del llanto* (2007), así como los ensayos *El Factor Borges* (1996) y *La vida descalzo* (2006). Licenciado en Letras, ha ejercido como profesor de Teoría Literaria en distintas universidades y trabajado como guionista de cine. Es reconocido como uno de los escritores más destacados de la actual escena literaria latinoamericana, pedestal que avalan, entre otros, Roberto Bolaño, quien dijo de él: "es uno de los mejores escritores latinoamericanos vivos". Visitó Chile en octubre de este año, invitado por la Cátedra Bolaño, ocasión en la que dictó la conferencia "Manuel Puig: la zona íntima". Desde Buenos Aires, ciudad donde reside, nos responde esta entrevista.

La persona y el mundo:

N.R. Respecto a tu obra en particular, tanto en *El Pasado* como en *Wasabi* vemos que los personajes centrales están presos de la desesperanza y su actuar, generalmente, está bajo el prisma de la confusión. En *Historia del llanto*, en cambio, apreciamos a un niño que tiene una visión de mundo más idealista y esperanzadora. ¿Es, en cierta medida, un reflejo de tu vida dentro del mundo de la literatura? ¿Es tu visión del mundo fatalista?

A.P. Lamento decir que el pasaje entre lo que escribo y lo que soy es oblicuo, equívoco, tortuoso, y no se deja reducir a "reflejos". Mis personajes son exactamente lo que mi literatura necesita que sean para poder escribirse, avanzar, plantearse problemas, imaginar, etc. Me interesan los estados de confusión simplemente porque desactivan el sentido común y las ideas recibidas, y exigen un cierto esfuerzo de la percepción para entender ese mundo que de pronto se ha vuelto irreconocible. Mis libros son por lo general aventuras de la percepción, epopeyas de una tragicomedia sensible o intelectual. En algún momento, un personaje deja de hacer pie o siente el suelo resbalar bajo los pies y tiene que ajustar todos sus parámetros para moverse en un campo cuyas reglas le son desconocidas. En esa imposibilidad de actuar empieza para mí la "acción". Es algo que heredo, supongo, de novelas como *El proceso* de Kafka o *El hombre sin atributos* de Musil o incluso *El extranjero* de Camus. La impotencia es la gran marca del héroe de la novela del siglo XX.

N.R. Con *El Pasado* y *Vidas privadas* saliste a defender algunas críticas, diciendo que las buenas críticas crean y moldean nuevamente al objeto, llegando incluso a constituir un objeto por sí mismas. Ante esto, ¿qué debe tener una buena crítica y cómo ha de reaccionar el ego del autor ante una crítica demoledora, pero bien fundamentada?

A.P. Una buena crítica puede hacer visible lo invisible (descubrir) o volver extraño lo familiar (distanciar). Implica formas de lectura pacientes y microscópicas y también aceleraciones, salvajismos, provocación. Una buena crítica es una intervención fuerte en un estado dado del campo de la literatura de una sociedad, una ciudad, un medio, etc. Analiza, distingue, conecta, opone. Es decir: produce diferencias y produce valor. Una buena crítica debería tener por enemiga la creencia según la cual en la literatura "hay cosas para todos los gustos". En cuanto al ego del escritor, que se vaya a llorar a la iglesia.

Mis libros son por lo general aventuras de la percepción, epopeyas de una tragicomedia sensible o intelectual. En algún momento, un personaje deja de hacer pie o siente el suelo resbalar bajo los pies y tiene que ajustar todos sus parámetros para moverse en un campo cuyas reglas le son desconocidas.

Escritura:

N.R. En tu literatura das una gran importancia a los géneros menores o "indignos", como los llaman algunos, y tus modelos (por ejemplo, Puig) son aquellos que los mezclan y los insertan en la novela, produciendo ejemplos brillantes de la hibridez de ésta. Pero, particularmente, recurres mucho al Diario de vida o íntimo. ¿Qué ofrece éste y cuáles son sus aportes al género mayor de la novela?

A.P. Me gusta el diario porque es un género horizontal, democrático. En un renglón de diario coexisten la Historia con la vida personal, los grandes hechos de la política con las insignificancias de la intimidad, los acontecimientos del planeta con los del cuerpo. No hay jerarquías, todo está en contacto con todo, es el reino de la heterogeneidad. Y a la vez me gusta mucho cierta "musicalidad existencial" del diario: leyendo un diario nos parece escuchar la pulsación, la métrica, el ritmo de una determinada vida.

N.R. Siguiendo con los géneros menores, más dados a la improvisación y al alejamiento de la Teoría, planteo una paradoja que se da en ellos: estos modelos literarios, si bien conservan un

carácter intimista y no tienen porqué ser escritos pensando en un lector ideal, son mucho más conservadores en cuanto a su forma. Pensando en el espacio que tienen, por ejemplo, la página en blanco con la fecha subrayada de los diarios o la extensión más o menos universal de la crónica, ¿se puede afirmar que son los géneros en donde más importa el autor y su capacidad de respetar la prevalencia de la forma y de moverse dentro de ellos?

CREO QUE LA ENFERMEDAD ES NUESTRA DROGA LEGAL: NOS ENFERMAMOS PORQUE CADA ENFERMEDAD IMPLICA UN CAMBIO EN NUESTRAS PERCEPCIONES, Y COMO SOMOS TODOS MÁS O MENOS ADICTOS QUEREMOS EXPERIMENTAR ESAS OTRAS VIDAS QUE NOS SUMINISTRAN UNA ALERGIA, EL ASMA O EL INSOMNIO.

A.P. Los géneros no son conservadores ni revolucionarios. Son marcos, conjuntos de reglas y convenciones, imaginarios, contratos que regulan la relación entre objetos artísticos y público. Los "usos" de los géneros pueden ser conservadores o revolucionarios. Aunque a esta altura del partido no sabría muy bien qué significan realmente esos adjetivos.

El cine y lo que "el público quiere".

N.R. "Para que el arte sobreviva ha de transformarse en cultura".

Esta frase, que dijiste al vuelo en Chile, vuelve a otro tema recurrente en tus entrevistas. Si bien hoy es casi una necesidad el ser transable, se nota que tienes un rollo crítico frente a la comercialidad y en dar el gusto al lector-consumidor. ¿Quiénes son estos Midas videntes de los deseos ajenos y de dónde creen sacar tal potestad?

A.P. Supongo que son los "representantes de la industria y el mercado". Dicho esto, no creo tener un "rollo crítico" con la cuestión comercial. Es simplemente algo que no me interesa para discutir. No me interesa como criterio de evaluación de un objeto artístico (dejo eso para los contables y los inspectores fiscales) y tampoco como a priori para escritores o cineastas o músicos que ambicionen posicionarse exitosamente en el mercado.

N.R. Después de la adaptación de *El pasado*, prueba fehaciente de las ideas disparatadas sobre la comercialidad por parte de todos y cada uno de los directores (de grandes producciones, se entiende), ¿pondrías otra de tus novelas en manos de un director de cine, cediendo los derechos y sin involucrarte en el proceso?

A.P. Sí, si el dinero me viene bien y el primer encuentro con el director me produce alguna clase de entusiasmo.

Otro:

N.R. Un tema recurrente en tu literatura es la medicina y generalmente usas metáforas médicas ("Editar es una gran operación, una cirugía complicadísima") ¿Qué conexión tienes con ella?

A.P. Me interesa más bien la enfermedad, lo que le pasa a un cuerpo cuando se enferma, el modo en que una enfermedad puede convertirse en una especie de visión del mundo y forma de existencia. Creo que la enfermedad es nuestra droga legal: nos enfermamos porque cada enfermedad implica un cambio en nuestras percepciones, y como somos todos más o menos adictos queremos experimentar esas otras vidas que nos suministran una alergia, el asma o el insomnio.

TRADUCCIÓN

Miranda July

POR ANDREA PALET

De la torpeza como forma de arte

Tengo un amigo que es amigo de un amigo que conoce a Miranda July. El amigo dice que es la típica flaca histérica que se mueve con torpeza, que no sabe encender el horno, que no soporta la felicidad, que habla a gorgoritos, que tiene un ratón ciego de mascota y que te mira con ojos de refugiado africano (esos ojos suyos tan inmensos y tan aterrorizados de ser) para que la ayudes a cruzar la calle. Una artista, en suma. Un horror.

Todo esto es mentira. Cosas que me imagino para poder odiarla. No lo consigo. El problema con Miranda July es que para hablar de ella hay que recurrir a palabras casi prohibidas en el léxico duro y sarcástico de nuestros tiempos: ternura, encanto, piedad. Como en Michael Gondry o Wes Anderson, por hablar de cine, o como en Amanda Davis, Judy Budnitz, Myla Goldberg, George Saunders, Arthur Bradford, Aleksander Hemon, Jonathan Lethem y el resto de la joven guardia de *McSweeney's*, el tema de sus relatos, de sus películas, es el ansia. La soledad –buscada, merecida–, el anhelo de comunión, el amor ridículo, el sexo como un juguete que a veces no tiene gracia, el tedio de las sociedades aceleradas, la infancia como el paraíso perdido, la torpeza como forma de arte. Como en todos ellos, el camino para expresar esa desesperación por conectarse corre peligrosamente cerca de la vía muerta de la inanidad. Quiero decir: cerca del infantilismo, de la más límpida, redonda y pulida estupidez.

La niña hace películas largas y cortas, y performances, y escribe guiones y cuentos. Todo son "proyectos", como se dice ahora. En *Me and you and everyone we know,* se pone unos calcetines blancos en las orejas para parecer perro de aguas y conquistar por la vía del patetismo. El sitio web de su libro de relatos consiste en una serie de mensajes escritos con rotulador sobre el refrigerador y los quemadores de la cocina de su casa. Es adictivo. Uno de sus videos en You Tube, *How to make buttons*, es una lesera integral, y el goce de verlo una y otra vez, una lesera deliciosa. Sus cuentos, reunidos en *No one belongs here more than you*, son originales, sinceros, puros, patéticos y cómicos. Porque Miranda July es como la hermana chica retardada de Lorrie Moore o de A.M. Homes, con su florcita en el pelo y esa aterradora determinación por mantenerse en el proceloso borde entre la tontera y la maravilla.

Las tres (July, Moore, Homes) comparten un mundo de hombres débiles y mujeres más débiles aun, un mundo de gente privada de amor porque es incapaz de verlo cuando lo tiene ante sus narices; gente devastada por la timidez, por la pérdida de la inocencia, el vértigo de la elección, el peso de la fealdad moral, y por una sensibilidad extrema que no halla un objeto a la altura de sus pesares. Pero, si Moore y Homes son las diosas del humor negrísimo, para siempre atrapadas en la infinita molestia de ser tan inteligentes, July no le teme a la sensiblería y escoge no crecer, no descreer. Ternura, encanto, piedad. En sus relatos –escritos, filmados, es lo mismo– hay perros, peces, viejos, niños. Todos buscan amor, y lo encuentran, aun si para conseguirlo deben morir, aguantar la respiración o ponerse unos calcetines blancos en las orejas. Así, a veces traspasan la vía muerta, y lo realmente milagroso, lo decididamente increíble, es que no importa. No importa nada.

El equipo de natación*

Ésta es la historia que no te conté cuando era tu novia. Me preguntabas y me preguntabas, y tus suposiciones eran tan espeluznantes, tan específicas. ¿Fui una mantenida acaso? ¿Belvedere es como Nevada, donde la prostitución es legal? ¿Anduve en pelotas durante todo ese año? La realidad empezó a parecer yerma, deslucida. Pronto me di cuenta de que si la verdad se sentía así de vacía, quizás no seguiría siendo tu novia por mucho tiempo.

No es que yo quisiera vivir en Belvedere, pero no me sentía capaz de pedirles dinero a mis padres para irme a otro sitio. Cada mañana me chocaba recordar que estaba viviendo sola en ese pueblo, que ni siquiera era un pueblo; era tan, tan pequeño. Unas cuantas casas cerca de una bomba de bencina, y como un kilómetro más allá, un almacén, y eso era todo. No tenía auto, no tenía teléfono, tenía veintidós años, y cada semana escribía a mis padres contándoles cosas sobre mi trabajo en L.E.E.R., un programa piloto con fondos estatales para fomentar la lectura entre jóvenes en riesgo social. Nunca entendí bien cómo explicar esa sigla, L.E.E.R., pero cada vez que escribía "programa piloto" como que me maravillaba de mi habilidad para inventar ese tipo de expresiones. "Intervención temprana" era otra buena.

Esta historia no es muy larga, porque justamente lo que tiene de sorprendente ese año en Belvedere es que no pasó casi nada. La gente pensaba que mi nombre era María. Yo nunca dije que me llamara María, pero de algún modo empezaron a llamarme así, y me pareció una tarea abrumadora tener que pronunciar ante esas tres personas mi verdadero nombre. Esas tres personas se llamaban Elizabeth, Kelda y Jack Jack. No sé por qué dos veces Jack, y no estoy segura del nombre Kelda, pero así es como sonaba, ése era el sonido que yo hacía cuando la llamaba. Conocí a esas tres personas porque les hice clases de natación. Éste es el filete, la mejor parte de mi historia, en verdad, porque por supuesto no hay piscinas ni ningún otro cuerpo de agua en Belvedere. Ellos estaban hablando de eso un día en el almacén, y Jack Jack, que debe estar muerto a estas alturas porque era realmente viejo, dijo que daba lo mismo, que no importaba porque ni él ni Kelda sabían nadar, y así no corrían riesgo de ahogarse. Elizabeth era prima de Kelda, creo. Y Kelda era la mujer de Jack Jack. Los tres andaban por los ochenta años, por lo bajo. Elizabeth dijo que ella había nadado muchas veces un verano cuando era niña y estaba de visita en casa de una prima (obviamente no la prima Kelda). La única razón de que yo me sumara a su charla es que ella dijo que para nadar tenías que respirar bajo el agua.

Eso no es verdad, chillé yo. Eran las primeras palabras que decía en voz alta en semanas. El corazón me latía con fuerza, como si estuviera pidiéndole a alguien una cita o algo así. Lo que haces es aguantar la respiración.

Elizabeth parecía molesta y luego dijo que era una broma.

Kelda dijo que ella se moriría de miedo si tuviera que aguantar la respiración, porque tenía un tío que se había muerto por aguantar la respiración demasiado rato en una competencia.

Jack Jack le preguntó si en serio creía lo que estaba diciendo, y Kelda dijo Sí, sí lo creo, y Jack Jack dijo, Tu tío murió de un infarto, no sé de dónde sacas esas historias, Kelda.

Entonces todos nos quedamos allí parados en silencio. Yo de verdad estaba disfrutando su compañía y esperaba que no se fueran, lo que no hicieron porque Jack Jack me habló: Así que tú sabes nadar.

Les conté que había estado en el equipo de natación de mi escuela en la secundaria. Incluso llegué a competir a nivel estatal, pero perdí contra Bishop O'Dowd, un colegio católico. De verdad parecían interesados en mi historia. Yo ni siquiera había pensado que fuese algo digno de contar, pero ahora

* Los relatos "The swim team" y "This person", son incluidos en el libro *No one belongs here more than you*, NY, Scribner, 2007.

podía ver que era una historia bien excitante, llena de drama y cloro y otras cosas que Elizabeth y Kelda y Jack Jack no conocían de primera mano. Fue Kelda quien dijo que le gustaría que hubiera una piscina en Belvedere, porque obviamente eran muy afortunados de tener una profesora de natación en el pueblo. Yo no había dicho que fuera profesora de natación, pero entendí a qué se refería. Era una lástima.

Entonces pasó algo extraño. Yo me estaba mirando los zapatos sobre el piso de linóleo café y pensando que podría apostar a que nadie lo había limpiado en un millón de años, y de repente sentí que me iba a morir. Pero en vez de morirme dije, Yo les puedo enseñar a nadar. Y no necesitamos piscina.
Nos reuníamos dos veces por semana en mi departamento. Cuando ellos llegaban, yo ya tenía preparados tres boles con agua de la llave tibia, alineados en el suelo, y un cuarto enfrente, que era el bol de la entrenadora. Le agregaba sal al agua, porque se supone que es más saludable que te entre agua salada tibia por la nariz, y me imaginé que a ellos accidentalmente les entraría. Les mostré cómo mantener la nariz y la boca en el agua y cómo sacar la cabeza de costado para respirar. Después añadimos las piernas, y después los brazos. Admito que no eran las mejores condiciones para aprender a nadar, pero yo sostuve que así era como se entrenaban los nadadores olímpicos cuando no había piscinas cerca. Sí, sí, sí, esa parte era mentira, pero la necesitábamos porque éramos cuatro personas tendidas en el suelo de una cocina, haciendo ruido y golpeando el suelo como con furia, como si estuviésemos emperrados, decepcionados y frustrados y sin miedo de demostrarlo. La conexión con la natación tenía que ser reforzada con palabras fuertes.

A Kelda le tomó varias semanas aprender a hundir la cara en el agua. ¡Muy bien, muy bien!, decía yo. Contigo usaremos una tabla para practicar el pataleo. Le alcancé un libro. Es súper normal resistirse al bol, Kelda. Es el cuerpo que te dice que no quiere morir. Es que no quiere, dijo ella.

Les enseñé todos los estilos que sabía. El mariposa era simplemente increíble, nada que se haya visto antes. Pensé que el suelo de la cocina terminaría por rendirse y volverse líquido, y allí partirían mis nadadores, con Jack Jack a la cabeza. Él era un alumno aventajado, por decir lo menos. Avanzaba de verdad por el suelo, con el bol de agua salada y todo. Volvía a la cocina aporreando el piso y cubierto de sudor y polvo tras haber hecho un largo hasta el dormitorio, y Kelda lo observaba sosteniendo su libro con las dos manos, radiante. Nada hacia mí, le decía él, pero ella tenía demasiado miedo, y la verdad es que se necesita harta fuerza en el tronco para nadar en tierra firme. Yo era del tipo de profesor de natación que se para al borde de la piscina, no de los que se meten al agua. Pero no me desconcentraba un segundo. Si puedo decirlo sin ser inmodesta, yo estaba allí *en vez* del agua. Era quien mantenía todo andando. Les hablaba sin parar, como los profesores de aeróbica, y tocaba el pito a intervalos regulares para indicarles los límites de la piscina. Ellos daban la vuelta al unísono y partían hacia el otro extremo. Cuando Elizabeth olvidaba usar los brazos yo le advertía, ¡Elizabeth! ¡Tus pies están bien, pero la cabeza se está hundiendo! Entonces ella empezaba a dar brazadas como loca y pronto se ponía al nivel de los demás. Con mi meticuloso método práctico, las zambullidas eran perfectas: se lanzaban desde mi escritorio y terminaban en un suave guatazo sobre la cama. Pero esto era solo por su seguridad. Aun así era como tirarse a la piscina, dejando de lado nuestro orgullo de mamíferos y abrazar la gravedad.

Elizabeth inventó una regla, que era que todos hiciéramos un ruidito al caer. Era un poco demasiado creativo para mi gusto, pero yo estaba abierta a la innovación. Quería ser el tipo de profesora que aprende de sus alumnos. Kelda hacía un ruido como de un árbol cayendo, si es que un árbol puede ser femenino. Elizabeth hacía “ruidos espontáneos” que siempre sonaban igual, y Jack Jack decía “¡Bombita!”. Al final de cada lección nos secábamos con toallas y Jack Jack se despedía de mí con un apretón de manos, y Kelda o

Elizabeth me dejaban un guiso caliente, como cazuela o espagueti. Ése era el trato, y me vino tan bien que la verdad es que no necesité buscar otro empleo.

Solo eran dos horas a la semana, pero todas las demás estaban condicionadas a apoyar esas dos horas. Los martes y jueves por la mañana, me despertaba y pensaba: Clase de natación. Todos los otros días me despertaba y pensaba: Hoy no hay clase de natación. Cuando veía a alguno de mis alumnos en el pueblo, por ejemplo en la bomba de bencina, o en el almacén, les decía algo como, ¿Has practicado el piquero en aguja? Y ellos me respondían: ¡Estoy en ello, profesora!

Sé que es difícil para ti imaginarme como alguien a quien se pueda llamar "profesora". Es que tenía una identidad distinta en Belvedere, y por eso me era tan difícil hablarlo contigo. No tuve ningún novio allí; no hice arte, no era nada artista en ese tiempo. Era más bien una deportista. Era enteramente una deportista: era la entrenadora del equipo de natación de Belvedere. Si hubiera pensado que eso te iba a parecer interesante te lo hubiera contado antes, y quizás seguiríamos juntos. Han pasado tres horas desde que te vi en la librería con la mujer del abrigo blanco. Precioso, el abrigo blanco. Es obvio que eres completamente feliz ya, aun cuando hace apenas dos semanas que terminamos. Yo ni siquiera estaba segura de que hubiésemos terminado hasta que te vi con ella. Parecías increíblemente lejano, como alguien en la otra orilla de un lago. Un punto tan pequeño que no se sabe si es hombre o mujer, joven o viejo; solo que se está riendo. A quienes de verdad extraño ahora, esta noche, es a Elizabeth, Kelda y Jack Jack. Están muertos, de eso puedo estar segura. Qué sensación más inmensamente triste. Debo ser la profesora de natación más triste de la historia.

Esta persona

Alguien está empezando a ponerse nervioso. Alguien en alguna parte está temblando de excitación porque algo tremendo está a punto de ocurrirle. Esta persona se ha vestido para la ocasión. Ha esperado y ha soñado y ahora realmente está ocurriendo, y la persona apenas puede creerlo. Pero que se lo crea o no se lo crea no es relevante ahora, porque el tiempo para la fe y la fantasía ha terminado; esto está sucediendo de verdad. Tiene que ver con dar un paso adelante y hacer reverencias. Posiblemente haya que ponerse de rodillas, como cuando te ordenan caballero. A uno casi nunca lo ordenan caballero. Pero esta persona puede que tenga que arrodillarse y recibir un golpecito en cada hombro con una espada. Aunque es más probable que la persona se encuentre en un auto o una tienda o bajo un toldo de vinilo cuando suceda. O conectada a la red, o al teléfono. Puede ser por email: te llega un correo con tu nombramiento como caballero. O un largo mensaje en la contestadora, lleno de risas y frases vagas, en que cada persona que la persona ha conocido en su vida le habla y todas dicen lo mismo: Has pasado la prueba, solo era eso, una prueba, estábamos bromeando, la vida real es mucho mejor que esto. La persona se ríe con todas sus fuerzas, con un alivio inmenso, y vuelve a escuchar el mensaje para apuntar la dirección en donde todas las personas que la persona ha conocido en su vida la están esperando para darle un abrazo y llevarla al redil de la vida. Es genial, de verdad, y no es un sueño, es real.

Están todos esperando junto a una mesa de picnic en un parque por donde la persona ha pasado muchas veces. Allí están, todos. Hay globos sujetos a las bancas, y la niña que siempre estaba al lado de la persona en la parada del bus está allí con una banderola. Todo el mundo sonríe. Por un momento a la persona le da como escalofríos la escena, pero sería demasiado típico de ella deprimirse en el día más feliz de su vida, así que la persona se anima y se une a la multitud expectante.

Los profesores de materias en que esta persona nunca fue buena la están besando y renunciando a enseñar sus ramos. Los profesores de matemáticas

le dicen que en realidad la matemática era una forma divertida de decirle “te queremos”. Y ahora simplemente se lo dicen, “te queremos”, y también se lo dicen sus profesores de química y educación física, y la persona está segura de que lo dicen en serio. Es alucinante, increíble. A ratos aparecen algunos imbéciles y pesados de sangre, y es como si se hubieran hecho una cirugía plástica; sus rostros están desfigurados de amor. Los imbéciles guapos son llanos y amables; los pesados y feos son una dulzura con la persona, y le sostienen el suéter y lo doblan con cuidado y lo guardan bien para que no se le ensucie.

Lo mejor de todo es que cada persona que la persona ha amado alguna vez está allí también. Incluso aquellas que se habían marchado para siempre. Le toman la mano y le cuentan a la persona lo duro que fue simular los enojos y las peleas, y partir y nunca volver. La persona casi no puede creerlo, en su momento fue tan real: su corazón se rompió en pedazos, había sanado y ahora a duras penas sabe qué pensar. Como que le entra la rabia a la persona. Pero todo el mundo la consuela y la halaga. Todo el mundo le explica que era absolutamente necesario para saber cuán fuerte era ella en realidad. Oh, mira, ahí está el doctor que le prescribió a la persona un remedio que la dejó temporalmente ciega. Y el hombre que le pagó un millón de pesos para que se acostara con él tres veces cuando la persona estaba en la ruina. Ambos hombres están presentes, y aparentemente se conocen. Portan unas pequeñas medallas que le están poniendo en la solapa a la persona; son condecoraciones por su extraordinario coraje y fortaleza. Las medallas centellean al sol, y todo el mundo aplaude y vitorea.

De pronto la persona siente la necesidad de echar un vistazo a su casilla de correo. Es un viejo hábito, y aun si de ahora en adelante todo va a ser maravilloso, la persona todavía quiere recibir su correo. Les dice a los presentes que volverá en seguida, y toda la gente que la persona ha conocido alguna vez le dice que no hay problema, que se tome su tiempo. La persona va a su auto y conduce hasta la oficina de correos y abre su casilla. No hay nada. Y eso que es martes, un buen día para recibir correo, como todo el mundo sabe. Muy, muy decepcionada, la persona vuelve al auto y, habiendo olvidado por completo el picnic, conduce hasta su hogar, entra, revisa la contestadora y comprueba que no hay nuevos mensajes, solo los ya escuchados acerca de haber “pasado la prueba” y lo de “una vida mejor”. Tampoco hay emails nuevos, probablemente porque todo el mundo está en el picnic. La persona no se siente capaz de volver al parque. Se da cuenta de que quedarse en casa significa desairar a todo el mundo que la persona alguna vez ha conocido. Pero el deseo de quedarse es muy fuerte. Lo que la persona quiere es darse un baño de tina y luego echarse a leer en la cama.

En la tina, la persona juega con las pompas de jabón y oye el sonido de millones de ellas reventando al mismo tiempo. Casi parece un solo sonido suave y sostenido en vez de muchos ruiditos separados. Los pechos de la persona emergen apenas sobre la superficie del agua. La persona guía las burbujas hacia sus pechos y dibuja figuras extrañas con la espuma. A esas alturas todo el mundo ya se habrá dado cuenta de que la persona no va a volver al picnic. Estaban equivocados, todos: esta persona no es la persona que ellos creían que era. Se hunde en el agua y mueve la cabeza y el pelo: parece una anémona. La persona es capaz de permanecer bajo el agua por un tiempo impresionantemente largo; aunque solo en la tina del baño. Se pregunta si alguna vez habrá una competencia olímpica de aguantar la respiración bajo el agua. Si existiera esa prueba, seguramente la persona ganaría. Una medalla en los Juegos Olímpicos podría redimirla a los ojos de cada persona que la persona ha conocido alguna vez. Pero no hay tal, de modo que tampoco habrá redención. La persona lamenta haber arruinado su única oportunidad de ser amada por todo el mundo, y cuando trepa hasta la cama, el peso de la tragedia en su pecho parece abrumarla. Pero es un peso reconfortante, casi humano. La persona suspira. Sus ojos comienzan a cerrarse. La persona se duerme.

PERFIL

Un hombre de Playa Ancha

POR **FRANCISCO MOUAT**

Para este número de fin de año buscamos un texto que valiera su republicación. Considerando, esta vez, la línea editorial centrada en delinear personalidades que mediante un misterioso trabajo erigieron un estimable legado narrativo; se nos hizo fácil evocar el trabajo de un autor asiduo a estas prácticas literarias de rescate y humanización: el versátil escritor Francisco Mouat, de quien celebramos y resurgimos su texto "Un hombre de playa ancha", publicado originalmente en su libro *Chilenos de Raza* (El Mercurio-Aguilar) el año 2004. Para esta ventana, desde luego contamos con su gentil autorización.

"Me atrevería a decir que en cada ser humano hay un héroe. Y, desde luego, todos los héroes están condenados. Pienso que lo más heroico de todo ser humano es la muerte, sometidos, como estamos todos, a esta suprema e ineludible aventura"

Carlos León

Carlos León Alvarado nació en Coquimbo y recorrió medio Chile siguiendo los pasos de su padre antes de radicarse para siempre en el cerro Playa Ancha, en Valparaíso, con vista al mar. Su vida transcurrió sin apresuramientos y con marcada discreción. El tiempo le alcanzó para estudiar leyes, escribir novelas, relatos y crónicas. Para dar clases de Filosofía del Derecho en la universidad y sentarse en el café Riquet casi todas las tardes, a las cinco, a tomar té y conversar con quien llegase a su mesa. También tuvo tiempo para casarse y traer un par de hijos al mundo, hombres los dos. Una salud quebradiza lo acompañó durante los últimos veinte o veinticinco años de su vida, pero él no se hizo mayor problema: su casa quedaba frente al Hospital Naval, a fin de facilitar las cosas en los momentos en que era necesario recibir atención médica. Murió en septiembre de 1988 sin hacer ruido, como era su costumbre.

Tirado en una cama del Hospital Alemán de Valparaíso, enojado a esas alturas por cualquier cosa con las enfermeras, no aguantó más las sondas con que le inyectaban suero y medicamentos y se las arrancó con rabia. "Llama a tu mamá" le dijo a su hijo mayor, Carlos, que en ese momento –la hora de almuerzo– había relevado a su madre en el cuidado del enfermo. Carlos hijo trató de hacerlo entrar en razón, o al menos de mejorarle el semblante diciéndole que a él lo estaban atendiendo mujeres bonitas, pero León ya no estaba para cumplidos y le respondió con ironía, exhalando suavemente: "La gallina no, la gallina no". Carlos León sabía que estaba muriendo, y sus

Fotografías gentileza de Zet Arts & Facts

gestos eran los de un hombre mañoso que ya no quiere más guerra.

Un rato después, probablemente asustado, exclamó "¡mamá!", y luego dijo tres veces, para que su hijo Carlos lo escuchara muy claro: "Joel, Joel, Joel". Nunca más volvió a hablar. Entró en coma profundo, y al día siguiente, a las cinco de la tarde del 19 de septiembre de 1988, dejó de respirar.

Han pasado casi dieciséis años desde entonces. Ahora Carlos León hijo y yo estamos sentados frente a frente en una de las mesas del Café Riquet, el mismo sitio que frecuentó durante décadas el protagonista de esta crónica. Hoy la mesa la atiende Videla, uno de los mozos más antiguos del local, conocido también del escritor. Carlos León hijo, de profesión poeta y cuyo nombre completo es Carlos León Pezoa, está recordando, entre emocionado y divertido, los últimos momentos de su padre en el hospital: "Mi papá no perdía el humor, a pesar de que ya sentía la muerte encima. *La gallina no, la gallina no*, me dijo, refiriéndose probablemente a una de las enfermeras. Y lo de nombrar a Joel tres veces es bastante simbólico, porque Joel es uno de los personajes de su primer libro, *Sobrino único*, considerado por muchos, incluso tal vez por él mismo, como el mejor de todos sus libros".

En el libro *Homenaje*, publicado después de la muerte de Carlos León por la Universidad de Valparaíso, Carlos León Pezoa se explaya más todavía:
- Joel es simplemente el muchacho de "La casa del lado" que aparece en su primer libro. Se trata del hijo del vecino cuya humilde casa se yergue "como una protesta por lo descascarada". A este joven solían echarlo y venía a contarle historias a mi padre que era apenas un niño.
- "La casa del lado" termina así: "Muchos años después tuve la sensación de haber visto a Joel. Entre el humo de innumerables cigarrillos, en medio de la algarabía espantosamente urbana de un bar, un hombre vestido de raído traje negro, de rostro oscuro y cansado, cantaba una canción de moda con voz nasal pero grata, acompañándose de una guitarra. Entrecerraba los ojos y echaba atrás la cabeza. De pronto algo íntimo, agridulce y antiguo se conmovió dentro de mí y regresé a otro tiempo, a un pueblo remoto e inexistente donde un torpe joven desmañado cantaba anárquicas canciones junto a un niño pretérito".

Tirado en una cama del Hospital Alemán de Valparaíso, enojado a esas alturas por cualquier cosa con las enfermeras, no aguantó más las sondas con que le inyectaban suero y medicamentos y se las arrancó con rabia. "Llama a tu mamá" le dijo a su hijo mayor.

Donde estaba, Carlos León se hacía notar por su inteligencia y por la justeza de sus palabras. En la universidad, era un atípico profesor de Filosofía del Derecho, según recuerda Agustín Squella, alumno suyo y después buen amigo: "Mientras fui su alumno no tenía más alternativa que verle y escucharle una vez por semana, lo cual constituía un auténtico agrado. El no enseñaba propiamente Filosofía del Derecho. Esta asignatura era sólo un pretexto para hablar de Aristóteles, Tomás de Aquino, Kant, Hegel y Kelsen, sin mayor orden ni sistema, desviándose a cada rato hacia profundas y divertidas reflexiones sobre temas tan diversos como la literatura, el boxeo, Valparaíso, las modistas, los clubes radicales, el norte de Chile, la importancia de Carabineros o Neruda como componente de nuestra nacionalidad".

León hacía clases a alumnos de quinto año, muchachos que pronto se titularían de abogados y de los que –decía– había que cuidarse porque les

gustaba tratar de incomodar a los profesores. En cierta ocasión, uno de sus alumnos se paró en la sala y le espetó con voz de perro: “Oiga, señor, ¿para qué sirve su ramo?, yo no le veo ninguna utilidad”. Carlos León, muy tranquilo, le contestó de inmediato y con voz pausada: “Bueno, yo también creo que no sirve para nada, aunque tal vez sirva para que usted no termine ladrando”.

Squella asegura que León no daba clases por vocación docente, sino por vocación de conversador impenitente: “Se notaba a gusto en una sala de clases, pero nunca dio importancia a lo que todos los profesores universitarios le damos: pasar un programa, evaluar conocimientos, controlar la asistencia”. Es más, no le gustaban los exámenes y era frecuente que no llegara a tomarlos. Cuando el curso de Squella tuvo que presentarse al examen final, Carlos León no llegó y hubo que hacer una prueba escrita que finalmente todos aprobaron, como era la idea del profesor.

En cierta ocasión, uno de sus alumnos se paró en la sala y le espetó con voz de perro: “Oiga, señor, ¿para qué sirve su ramo?, yo no le veo ninguna utilidad”. Carlos León, muy tranquilo, le contestó de inmediato y con voz pausada: “Bueno, yo también creo que no sirve para nada, aunque tal vez sirva para que usted no termine ladrando”.

Una de sus frases más célebres, recuerda Squella, era que “el derecho constituía la consagración del escepticismo, puesto que exige conductas tan deseables como no matar, no robar, no injuriar, y, al mismo tiempo, preestablece sanciones para el caso de que tales conductas no tengan lugar, sabiendo que más de alguien dejará de observarlas”.

Según Squella, Carlos León era querido por algunos profesores, pero no por todos: “Porque tenía una lengua ácida y certera para poner en evidencia esa fatuidad que abunda entre profesores de Derecho y abogados. Podía ser implacable cuando se lo proponía, aunque apuntaba sus dardos antes contra los célebres y poderosos que contra los profesores menos conocidos e influyentes. Además, siempre terminaba perdonando a todos, consciente como estaba de que, a fin de cuentas, no somos más que criaturas solitarias, confundidas y perecederas”.

Carlos León no hacía ostentación de lo mucho que sabía, y de frentón se aburría cuando cerca suyo se hablaba con demasiado énfasis o afectación de moral, de justicia, de libertad o de cualquier otra palabrota rimbombante: “Ya están elevando la cambucha”, decía.

Alguna vez fue miembro del Partido Radical, pero como él mismo escribió, su militancia era un asunto bien particular: “Insistió tanto y tantas veces el colega Vega, que ingresé al Partido Radical por cortesía y seguí militando, por lo menos durante un tiempo, por inercia”. A León le agradaba eso sí que sus militantes no pretendieran cambiar el mundo, ni crear el hombre nuevo ni llevar a cabo ninguna acción demasiado espectacular. Pero, según propia confesión, el año sesenta le sobrevino una enfermedad grave y hubo de eliminar diversas actividades: “Entre otras, la

política, que era tan exigua que mi ausencia no se notó en el partido".

Sus achaques fueron pan corriente desde entonces y hasta el fin de sus días. Primero una pancreatitis y después diversas molestias bronquiales lo tuvieron con una salud quebradiza y frágil que lo marcó para siempre: el estómago y los pulmones eran sus puntos débiles.

Más por miedo que por convicción, el hombre de Playa Ancha en general supo cuidarse: abandonó la ingesta de comidas pesadas (aunque no dejó de sentir frustración por no poder comerse un buen plato de porotos granados), se hizo adicto al bistec a la plancha con arroz, al quesillo, a las galletas con mermelada, al té puro, se puso abstemio, no bebió nunca más una gota de alcohol, pero jamás pudo abandonar su único "vicio serio", como lo definió su hijo Carlos: el cigarrillo. Dejó de fumar cuando ya era muy tarde para él.

Cuando Carlos León murió, su amigo Alfonso Calderón escribió una hermosa crónica en el diario *La Epoca*. Calderón lo conoció bien, sabía de su estilo, juntos a veces se encerraban a escuchar tangos famosos:
- Carlos emitía diez frases por hora, todas ellas inmortales. De un tipo que había amanecido mal debido a brindis excesivos, decía: "Está que escupe pólvora". De otro que venía siendo evitado por todo el mundo, murmuraba: "Cae mal aún entre los bomberos, que agradecen siempre en cuanto llega alguien nuevo". De otro recordaba que al presentar a su mujer, escasamente agraciada, le murmuró en voz no muy baja: "Perdone, pero la cara no la acompaña mucho".

En esa misma crónica, Alfonso Calderón cita un texto de Carlos León que da acabada cuenta de su espíritu: "Además del calor que proporciona la chimenea, el permanente y nunca repetido resplandor de las llamas me alegra y entretiene, lo mismo que el incesante movimiento de las olas. Yo, que poseo una irresistible vocación para no hacer nada, permanezco horas mirando embobado esa luminosa canción callada".

Me hubiese gustado conocer personalmente a Carlos León. Haber sido su alumno, por ejemplo.

Carlos emitía diez frases por hora, todas ellas inmortales. De un tipo que había amanecido mal debido a brindis excesivos, decía: "Está que escupe pólvora". De otro que venía siendo evitado por todo el mundo, murmuraba: "Cae mal aún entre los bomberos, que agradecen siempre en cuanto llega alguien nuevo". De otro recordaba que al presentar a su mujer, escasamente agraciada, le murmuró en voz no muy baja: "Perdone, pero la cara no la acompaña mucho".

No puedo saber si hubiéramos trabado amistad, pero sí que su gusto honesto por la literatura sin palabras ampulosas ni remilgos lo convertía en un interlocutor amable. Ex alumnos y amigos se reunían con él todos los viernes en el Café Riquet, a escucharlo, a conversar distendidamente, a reír de buena gana.

León era friolento, le gustaban los trajes grises de franela, los relojes, las plumas Fuente, las novelas policiales, la literatura de Proust, la palabra sonámbulo y la piedad, "forma de amor dolorido", según él, "superior a la justicia y a la belleza".

Cierta vez, durante el gobierno de Eduardo Frei padre, en la mitad de los años sesenta, fue invitado a una comida con el Presidente de la República junto a muchos otros escritores. El relato es de Ignacio Valente:

- Los escritores –casi todos– hicieron lo suyo: pedir: pedir al gobernante becas, subsidios, ayudas editoriales. Al final, desde un rincón de la larga mesa, un hombre de rostro cetrino y hablar cansado tomó la palabra y no pidió nada; al contrario, expuso parcamente las condiciones materiales adversas en que se habían escrito las grandes obras literarias: sin ayuda del Estado, sin subsidios, sin tiempo libre, sin prosperidad, sin compañía: dolorosamente. Siguió a sus palabras un incómodo silencio, que algunos aprovecharon para hacer lo mismo que yo: preguntar al vecino el nombre de ese aguafiestas. Era Carlos León el que desentonaba en ese coro pedigüeño, invocando los espectros de Cervantes, Dostoievski, León Bloy y otros.

Me hubiese gustado conocer personalmente a Carlos León. Haber sido su alumno, por ejemplo. No puedo saber si hubiéramos trabado amistad, pero sí que su gusto honesto por la literatura sin palabras ampulosas ni remilgos lo convertía en un interlocutor amable. Ex alumnos y amigos se reunían con él todos los viernes en el Café Riquet, a escucharlo, a conversar distendidamente, a reír de buena gana.

El propio Ignacio Valente se convirtió años después en uno de sus lectores más entusiastas. Celebró muchísimo la novela *Todavía*, publicada en 1981: "He aquí la novela chilena más entretenida, modesta, conmovedora, simple, patética, simpática y apasionante que me haya tocado leer en bastante tiempo". Y luego escribió un ajustado análisis de su libro de crónicas publicadas en el diario La *Estrella de Valparaíso* y titulado "El hombre de Playa Ancha": "Carlos León posee una sabiduría infalible para no hacerse el interesante, incluso para casi desaparecer en la narración de hechos personales donde su protagonismo se reduce a un amable y escueto punto de vista (…) Los personajes que esta prosa delgada se ha propuesto rescatar del olvido son gentes anónimas, vidas mínimas, seres de paso por una pensión, por una ciudad o por una vida. Cosa curiosa: son esos seres fugaces los que más nos interesa conocer. La Zanahoria de la pensión temucana, la joven desconocida y triste que escribe al autor, el boxeador de Los Angeles que cae en las manos de Fernandito, la alumna anónima que se examina malamente en la universidad".

Mención aparte merece el título de este libro, *El Hombre de Playa Ancha*, explicado por el autor en las primeras páginas: "El nombre de este libro debió ser *Un hombre de Playa Ancha*; es lo que simplemente soy, pero no he podido resistir el recuerdo de Manuel Rojas, que en una crónica publicada en el diario *Clarín* el 4 de mayo de 1972 me dedicó una generosa y entrañable semblanza que llevaba el título que da nombre a este libro. Tómese esta licencia más bien como un modesto homenaje al gran amigo desaparecido que a una autovaloración excesiva del autor".

No puede ser más propia de Carlos León esta breve explicación. Su amistad con Manuel Rojas, en todo caso, era asunto serio. Cada vez que Rojas se arrimaba a Valparaíso, su idea era sostener a lo menos un par de encuentros con el hombre de Playa Ancha. En la citada crónica de *Clarín*, Manuel Rojas aprovechó de referirse al libro de cuentos "Retrato hablado" y en particular al relato "Soledades", que tiene un primer párrafo memorable: –La mujer era buena, pero se puso putaza –dijo don Aníbal sin emoción–. Le dio por los uni-

formados –prosiguió con la complacencia del investigador que acaba de descubrir una ley particularmente esquiva–. Cabo que llegaba al retén se lo servía… y yo, ¡buenas peras, en la luna!

Otro que trabó amistad con Carlos León fue Neruda. Hubo una época incluso, en los años sesenta, en que llegaron a frecuentarse bastante. Neruda también había sido obsequioso en sus juicios sobre la obra de Carlos León, particularmente de *Sobrino único*, su primer libro publicado en 1954:
-¿Quién es Carlos León? ¿Dónde vive? ¿Qué hace? Su pequeño libro nos ha dejado asombrados. Es la observación de un ambiente familiar, provinciano. Es tal la realidad y la transparencia del relato que nos sentimos viviendo en esa casa, vagando por ese patio, sobrino de esas tías, vecino de esa beligerante vecina.

Sobrino único marcó el debut. Después vino, en 1956, *Las viejas amistades*, dedicado "a usted, don Javier, mi gran amigo de siempre y a los demás amigos de ese tiempo", cuando Carlos León frecuentaba aquella peluquería de barrio en la que don Javier cobraba según el tamaño de la cabeza del cliente. En 1964 apareció su novela *Sueldo vital*; en 1971 el volumen de cuentos ya mencionado, *Retrato hablado*; en 1974 un libro de crónicas, *Algunos días*; y en 1979 un volumen dedicado a otros escritores: *Hombres de palabra*. En este último libro, Carlos León se dio maña para referirse a todos los escritores chilenos que a él le interesaban, sin importar si eran consagrados o desconocidos. En rigor, Carlos León nunca dejó de ser un narrador de sí mismo, como apunta sabiamente Alfonso Calderón en el prólogo del último de sus libros, *Memorias de un sonámbulo*, publicado recién en 1994, seis años después de su muerte: "Carlos León no estimó necesario forjarse, en la oficina, una reputación heroica. Más bien admitió mantenerse en pie debido a la concreta y poco elegante necesidad de vivir y a una, a su juicio, indispensable vaga esperanza".

Su vida profesional como abogado la desarrolló sin alharaca alguna en la Caja de Previsión de Empleados Particulares, donde le decían "Pluto" por el largo de sus orejas. Le gustaba ir al cine por las noches con su hijo Carlos, le gustaba que hubiera hallullas para acompañar el té cuando recibía visitas en su casa de Playa Ancha, le gustaba el boxeo cuando joven, aunque hacia el final de sus días concluyó que se trataba de un deporte cruel.

Fue hombre, como le gustaba decir a él mismo, más de café que de bares, pues bebía poco (después nada) y hablaba a media voz: "En los bares, el ruido de cachos, las risas estentóreas de los parroquianos y hasta algunas cantatas surgidas de broncas gargantas exigen voz de mando y oídos recios. Por el contrario, en el café impera el medio tono, las conversaciones son tranquilas y uno, encontrándose en medio de la gente, puede conservar su intimidad. Hay, pues, por añadidura, voces de bar y voces de café".

La suya, no hay duda, era voz de café, una voz pausada que poco a poco se fue apagando, ahogada por una "mala salud de hierro" y por el humo de tantos cigarrillos aspirados a lo largo de su vida.

Waldo González, a la sombra de la casona

POR **EDUARDO CASTILLO**

El presente acercamiento a la biografía de Waldo González, implica también reconocer el derrotero de muchos jóvenes que se educaron en la vieja Escuela de Avenida Matta. Algunas constantes en la vida de estas personas fueron el viaje desde la provincia a la capital, la vida en la pensión estudiantil, las largas caminatas sobre los adoquines del Santiago antiguo y el establecimiento de los primeros pasos en la gráfica al pulso del tiralíneas y el pincel.

Una casona familiar

La Escuela de Artes Aplicadas, fue un lugar marcado por la generosidad de su primer Director, José Perotti (1898-1956), cuyo enfoque docente contribuyó a forjar el carácter "familiar" de un plantel que dio acogida a gran cantidad de alumnos durante sus cuatro décadas de vida. Frente a Facultades que lucían orgullosas sus edificios importantes ubicados en zonas visibles de la ciudad, la Escuela de Artes Aplicadas era periferia dentro de la Universidad, y aún en la capital misma: "*Su situación en ese sector sur de la Avenida Matta, barrio popular y populoso, la esconde un tanto a muchos aficionados, que la visitarían más fácilmente si estuviese ubicada en un local más céntrico. En cambio, en el sentido de la educación del pueblo, los servicios que por su colocación misma puede prestar son tanto más eficaces y efectivos. Son muchos los elementos del pueblo que la Escuela puede reclutar, para iniciarlos en una vía de mejoramiento espiritual y de positivo beneficio*". El plantel siempre se mantuvo sobre el contraste entre los talleres llenos de gente trabajando a toda hora y la estrechez de recursos. Distintos testimonios dan cuenta de ello: "*…el estado del edificio en que funciona esta Escuela es muy poco satisfactorio…*"; "*…A pesar de la estrechez de medios materiales en que la Escuela desenvuelve sus labores y que pone obstáculos a su desarrollo…*"; "*…el hierro forjado o la fundición exigen, con el sacrificio constante del operario, herramientas y elementos de que la Escuela carece casi en absoluto…*".

Así, la formación que recibió el alumnado de Artes Aplicadas, entregó al país profesionales que aportaron algo distinto al medio de imprenta o publicitario, como fue el caso de Waldo González. Algunas constantes en la escuela gráfica surgida de este plantel fueron el interés por lo popular-local, el sentido humanista de la profesión, la visión integral de la actividad, y la expresión gráfica.

La formación en este lugar contaba, como una de sus alas principales, al Taller de Artes Gráficas, línea de cursos que agrupó prácticas como el grabado, la encuadernación y el afiche. En el horizonte de la Escuela, esa vieja casona y ex curtiembre escogida por Carlos Isamitt, estaba insertar a sus egresados en espacios disponibles a la fecha: el cartelismo, el dibujo publicitario, la propaganda, la realización de portadas para libros, la prensa. Pero esta enseñanza de Escuela, que aspiraba al encuentro entre arte y técnica, no contaba, sin embargo, con la implementación necesaria para una labor industrial. Y respecto a la gráfica, esa instancia sí se produjo en otros espacios de la época, como en la Escuela Nacional de Artes Gráficas, o en las imprentas de obras y de empresas periodísticas, que fueron hasta bien avanzado el siglo XX la gran "escuela".

Así, la formación que recibió el alumnado de Artes Aplicadas, entregó al país profesionales que aportaron algo distinto al medio de imprenta o publicitario, como fue el caso de Waldo González. Algunas constantes en la escuela gráfica surgida de este plantel fueron el interés por lo popular-local, el sentido humanista de la profesión, la visión integral de la actividad, y la expresión gráfica.

El aporte extranjero

La vida de la Escuela estuvo marcada por dos rasgos socioculturales muy profundos: la presencia de provincianos, y la presencia de extran-

jeros. Éste último grupo tuvo una destacada participación en la enseñanza. No debe parecer casualidad, a estas alturas, recordar los nombres del fundador Carlos Isamitt, de ascendencia griega, ni del primer Director, José Perotti, hijo de italianos nacido tras la llegada de su familia. Tampoco el de los italianos Rómulo Tonti, profesor de Fundición Artística, Romano de Dominicis, profesor de Historia del Arte, y José Caracci, de Dibujo, entre otros profesores de distintas descendencias que por aquí circularon. E, incluso, si la línea nos lleva más adelante, encontramos a Waldo González, cuya madre era francesa. La pregunta, entonces, es: ¿qué encontraron todas estas personas en Artes Aplicadas?, ¿qué motivó tal conjunción de mundos en una entidad que parecía oculta al interior de la Universidad de Chile?

La Escuela de Artes Aplicadas tuvo la particularidad de ser un espacio donde confluyeron la educación artística y la técnica, lo que no era bien visto por los sectores de la Universidad que bogaban por el arte puro, desconfiados de un enfoque que sonaba demasiado centrado en el oficio y las artesanías. Pese a las dificultades administrativas que marcaron su quehacer, el plantel fue dando cabida a una comunidad heterogénea, amplió su oferta de cursos y asignó interés a la cultura local. Sin afán de una discusión tempranamente cerrada, nos animamos a creer que esta presencia extranjera recaló en Artes Aplicadas porque estuvo ajena a los prejuicios propios del medio chileno: la eterna frontera entre las Bellas Artes y las “artes menores”, debido a que la mayoría de estas personas o sus familias llegaron al país a abrirse paso con las manos. Así, su visión respetuosa del oficio y la distancia frente a los conflictos entre arte y técnica pudo deberse a que muchos de ellos partieron de abajo y provenían de culturas donde el valor de la artesanía o la manualidad no era el mismo que el existente en nuestro país. Es más, muchos extranjeros han aportado al rescate de lo local porque en su vida desplazada está siempre presente una pregunta por el origen, que lejano, deviene muchas veces en tratar de entender dónde se vive.

El mundo provinciano

Como ya dije, Waldo González responde en parte a esta genealogía foránea por el lado materno. Sin embargo, se identifica más con el otro grupo señalado, con los provincianos. Paradójicamente, en la época estatal y de Universidad gratuita no todos podían entrar a estudiar y la selección, o exclusión, muchas veces pasó por el sino de la desinformación. Muy pocos y por las vías más informales, se enteraban de las oportunidades

que existían. Artes Aplicadas fue en gran parte eso: una Escuela a la que se llegaba a oídas. Mientras las carreras tradicionales gozaron de visibilidad pública desde el XIX, la incorporación del arte al mundo universitario había sido un convulsionado proceso ocurrido en la Dictadura de Ibáñez, a fines de los años veinte. Y si ya resultaba discutible la formación artística entre un espectro de carreras con carácter profesional, la Escuela de Artes Aplicadas no siempre asomaba en el horizonte cultural de muchos jóvenes que pudieron encontrar ahí un espacio importante. Otro factor, además de los escasos medios de difusión con que contó el plantel, fue la posición contradictoria de algunos maestros que allí enseñaban. Mientras varios profesores se abocaron a la tarea de buscar talentos y llevarlos a la Escuela, algunos actuaron con el recelo de quien defiende eternamente "su parcela" y ve como competencia al alumno aventajado.

El diseño gráfico

La Escuela de Artes Aplicadas fue parte de una universidad estatal que aspiró a ser el principal foco de la cultura nacional, y a abrir sus puertas al mayor número de personas, buscando acortar la brecha entre la "alta cultura" y la cultura popular, en el marco de un modelo que puso énfasis en la capacitación técnica como alternativa para integrar al desarrollo a los sectores medios y bajos. Y si a la postre no logró consolidar el encuentro de Arte e Industria, una de sus premisas centrales, varios de sus hijos aportaron al origen de una nueva profesión en el país, que sumó a las preocupaciones por lo artístico o lo técnico un interés por lo social y cultural, al tiempo que se desvanecían los prejuicios frente al sentido comercial, dejando de ver a la actividad gráfica como transitoria o de subsistencia.

El fruto.

Waldo González es un referente de esa formación y del contexto social que le dio lugar. Su labor académica y profesional, enlaza los últimos años de Artes Aplicadas con los primeros de la Escuela de Diseño de la Universidad de Chile, donde llegó en 1974, tras un paso por la Escuela de Canteros entre 1967 y 1974. Así, el diseñador Waldo González Hervé, formado en la Escuela de Artes Aplicadas durante los años cincuenta, tiene el valor de representar la transición en el medio chileno entre el grafismo o el dibujo publicitario y el diseño gráfico, un concepto legitimado en el espacio universitario tras la Reforma, a fines de los años sesenta. Algunas de las consignas de este período fueron la educación pública, la incorporación al ámbito productivo de los distintos sectores de la sociedad chilena, la valoración de lo popular-local, el fomento a la industria y la protección de la infancia, entre otras.

La Escuela de Artes Aplicadas tuvo la particularidad de ser un espacio donde confluyeron la educación artística y la técnica, lo que no era bien visto por los sectores de la Universidad que bogaban por el arte puro, desconfiados de un enfoque que sonaba demasiado centrado en el oficio y las artesanías.

Por esto y otros, varias generaciones de diseñadores reconocen hoy la influencia y aporte de Waldo González Hervé a nuestro país.

Poemas de Timo Berger

Timo Berger (Stuttgart, 1974). Poeta y traductor. Reside en Buenos Aires. Es autor de “Literatura Skin” y “Sex and sound”, ambos editados por Eloísa Cartonera en 2003 y 2004. Ha traducido al alemán poetas argentinos como Fabián Casas y Washington Cucurto.

ARTE EN LAS ORILLAS

Los afiches de publicidad
pintados a mano, resultan
la única exhibición de arte
moderno que llega hasta acá:
formatos enormes, técnica mixta,
autoría colectiva o anónima,
montados sobre los techos
de los edificios o invadiendo
el espacio público desde el
margen de la calle. Colectivos
(*compañeros de ruta*) que
circulan en 700 líneas
arrastrándose semáforo a
semáforo por congestionamientos
de tránsito, vehículos
con todos los colores del espectro
solar, esculturas Pop-Art
de los suburbios, sólo más sucias
y abolladas que aquellas
que esperan con impaciencia,
bajo los ojos de cámaras y custodios
en museos, a un público que
quiere ponerse al corriente.

ASALTO AL IMAGINARIO DEL REPATRIADO

Algo se quema en el horno del local, el aire
se llena con olor a proteína carbonizada,
porque ninguno de los que están en el suelo,
manos arriba de la cabeza, portamonedas
y teléfonos móviles hacia un lado, *rápido*,
puede mover la paleta de madera, las pizzas.
Mientras el dueño defiende a muerte la caja,
se registran disparos. A uno de los clientes,
que dejó en casa un DVD prendido para atender
las necesidades alimentarias de sus invitados,
le salpica sangre sobre su vestimenta y
una porción de pánico se cuela. Una tarjeta
de crédito se puede bloquear, pero su camiseta
es un ejemplar único, firmada por los jugadores
del Barça y prueba del éxito en el extranjero
de un repatriado; ahora maldice su vuelta
de las Europas, el recuperado hijo del barrio que,
esta noche, sin embargo, se va a retrasar.

TARIFAS

El casino más allá del puente de la autopista,
una fulgurante letra luminosa que ordena el tráfico,
el volumen de ventas. En la provincia se afilan
los cuchillos, las leyes. Y patrulleros desfilan
en látex y/o tul sobre la rampa de la subida.
Se regulan las tarifas, las espontáneas manifestaciones
por la impunidad del amor vendido, *siempre hay
un camino* o al menos la posibilidad de girar
en U. El taxista pasa con una ficha devaluada
(púa) por arriba de las emisoras de radio:
una canción, su murmullo sobre una tarde de resaca.
La compañía (levantado al margen de la calle)
muda de la parte trasera hacia adelante,
una bola de billar rueda y rueda, sólo el anillo
en el dedo, demasiado juguetón, tal vez.

PROFESOR DE CASTELLANO PARA EXTRANJEROS

Fumar con los alumnos en el recreo
puede evocar recuerdos ambiguos:
alguna vez el payaso de la clase, siempre
un gnomo en vigilia con tres acordes
en la ronda alrededor de una fogata,
cancionero: *house of the rising sun* o
rock nacional, *las chicas más lindas/
se fueron primero*. Es cierto, carpas
en el fondo, pasto, botella que gira.
Choque de labios mojados, ruborizado
él por error o por las reglas del juego,
un descuido y la guitarra en llamas.
Ahora bien; veinte años más tarde,
con sus dólar-discípulos de afuera,
enseñando tonos y modos porteños;
a esa rubia gringa, a esa tremenda
tana de rulitos; excursiones incluidas,
escort a *full*; una mano que se hunde
en el cabello ajeno, los ojos clavados
en las olas del Tigre, una tabla resbaladiza
en el fondo de la lancha y un salto hacia
atrás para demostrar su espíritu abierto
o las ganas de nadar en las aguas
podridas del bando argentino.

PERFIL

Lytton Strachey: El lamento horizontal

POR **LUCAS VERGARA**

"Hacer de uno mismo el continuo tema de conversación es una práctica universalmente aborrecida. [...] Para no escuchar la historia de nuestro compañero abandonamos el interior de la galera y, en plena tormenta, subimos al pescante... Sin embargo, por alguna causa misteriosa, esta práctica, la peste de la conversación, da a los escritos un sabor incomparable"

Macaulay

A Roberto Merino

La Cuna

Siendo el undécimo hijo de un alto funcionario de la administración pública del Imperio Británico en India, Lytton Strachey ya tenía una historia que contar. Sin embargo, los bengalíes no llamaron su atención. Su madre, sufragista inglesa y ensayista, lo incentivó en la lectura y en la escritura, viéndole un futuro promisorio. Pero en la Literatura y la Historia se tienden otros lazos. Otros modelos. Su familia fue ahora el pasado remoto e inmediato de Inglaterra y sus modelos, los biógrafos franceses.

Lytton Strachey forjó su tradición gracias a una mala salud crónica autoimpuesta, una elegía a la calma, una veneración por el reposo. Los últimos resabios del Victorianismo imponían sus parámetros, coartando su gusto intelectual. Estaba en formación y las premisas de Arnold, el gran reformador de la educación inglesa, habían de seguirse al pie de la letra. O al golpe de regla que dejaba la historia marcada, perenne, en las manos de la infancia. Tampoco podía dar rienda suelta a sus gustos físicos debido a su hipocondría. Hizo unos cuantos viajes y unos pocos paseos por las campiñas inglesas, pero Strachey sabía que comenzó a morir en el momento en que nació. Sólo le quedaba reposar sin cansarse demasiado. Sentarse bajo un chal y seguir una línea cronológica carente de "acontecimientos destacados o espectaculares", como resume su traductor al español y estudioso, Dámaso López.

Nacido en Londres, 1880, Lytton Strachey comenzó a escribir poesía y obras de teatro, las que representaba frente a su familia de lejanos orígenes aristocráticos. Se reservaba para sí los papeles femeninos ya que, reconoció luego, disfrutaba vistiéndose de fémina, iterando sus movimientos frágiles y saltitos sutiles e imitando la agudeza, casi molesta para otros, de sus voces. A su vez, se interesó en el estudio de lenguas foráneas como el francés, idioma que constituyó el dosel que le cubriría durante toda su vida.

El potencial artístico que Mrs. Strachey auguró en su hijo no fue tal, mas tampoco fue insuficiente, conformándose con estudiar en Cambridge, en donde fue interno y conoció las amistades que le marcarían para siempre. La Historia, que tanto le apasionaba, no le reservó escaño alguno en la dramaturgia ni en la poesía inglesa. Pero sí lo hizo en el Arte de la Biografía, situándolo a la derecha de Plutarco, Geoffrey de Monmouth y James Boswell, entre otros.

La Historia, que tanto le apasionaba, no le reservó escaño alguno en la dramaturgia ni en la poesía inglesa. Pero sí lo hizo en el Arte de la Biografía, situándolo a la derecha de Plutarco, Geoffrey de Monmouth y James Boswell, entre otros.

No al catre de campaña, sí al canapé

Tras sus estudios en casa, Abbotsholme, Leamington College y University College –donde fue alumno de Walter Raleigh, profesor de literatura y biógrafo–, Lytton Strachey logró acceder a Cambridge. En esta institución, pese a que su sueño era estudiar en Oxford, interrumpió sus estudios por largas temporadas de des-

canso y recuperación. Era un enfermo crónico, a quien los males le subyugaban. Los momentos de lucidez –ya que el cuerpo está inherentemente ligado a la mente– le valieron el acceso al grupo de los Apóstoles de esta universidad. El ingreso a éste no era gratuito. Aun cuando el destino haya truncado otro deseo de Strachey, ingresar a la Hermandad Trinity, los antiguos miembros ("apóstoles") debían notar cierta pizca de genialidad que aportara al cambio total, mediante la conversación y obras, de un arte aplastado hacía décadas. Y en este hombre cansino, cansado, sin culto alguno por el cuerpo ni fruición por el deporte, creyeron ver ese algo. Ese algo que tuvo entre sus filas a Tennyson, a Sterling, a Hallam. Quizá gustaron de su total apertura a la sexualidad, quizá su obsesión por la palabra justa, quizá su desapego e incomodidad ante los valores estéticos aceptados, tal vez su ironía mordiente, corrosiva, rápida. En este grupo, aún sin saberlo, estaba el semen que luego formaría el Círculo de Bloomsbury, al que pertenecieron, entre otros, Leonard Woolf y su mujer Virginia Stephen, Clive Bell y Vanessa Stephen, Gerald Brenan –uno de sus grandes amores–, John Maynard Keynes, Henry Lamb y, posteriormente, en 1915, la pintora Dora Carrington. Unidos mediante largas conversaciones, sentados o tendidos, por el desprecio a la religión, la hipocresía victoriana y la involución que suponía el arte realista, Bloomsbury conformó, en sus propias palabras, una nueva élite ilustrada y reformadora.

Fue interrogado con la pregunta clásica de reclutamiento en la Albión de la época: "Si un soldado alemán trata de violar a tu hermana, ¿qué harías?", a lo que Strachey contestó con una mueca sonriente, pero grave: "Trataría de interponer mi propio cuerpo." En un país ad portas de la I Guerra Mundial, estas aseveraciones no caían bien.

Uno de los principios básicos del Círculo se vio remecido en la segunda década del siglo XX, ejemplificando el ostracismo físico y social de Strachey. Férreo opositor a la guerra y homosexual declarado entre sus pares, fue interrogado con la pregunta clásica de reclutamiento en la Albión de la época: "Si un soldado alemán trata de violar a tu hermana, ¿qué harías?", a lo que Strachey contestó con una mueca sonriente, pero grave: "Trataría de interponer mi propio cuerpo." En un país ad portas de la I Guerra Mundial, estas aseveraciones no caían bien. Otro ferviente y cáustico opositor de la guerra, Bertrand Russell, narró luego de la publicación de *Victorianos Eminentes*, libro que llevó a Strachey a la inmortalidad, el peso de éste: "Me hizo reír tan alto que un oficial de prisiones se asomó a mi celda para decirme que recordase que la cárcel era un lugar de castigo". Por cierto, además de razones intelectuales que en épocas de sangre bien poco valen, Lytton Strachey adujo razones físicas para no verse acostado en las trincheras.

La promiscuidad, al menos en sus inicios, también fue un pilar del grupo. Strachey, ya que de él hablamos, estuvo comprometido en matrimonio por 4 días con Virginia, a quien, al tiempo de retractarse, sugirió casarse con Leonard Woolf. Luego, revolucionó totalmente la frágil cabeza de Dora Carrington, quien desde que lo conoció, no lo abandonó más, llegando incluso a aceptar un *ménage à trois* junto a su marido y suicidándose sólo tres meses después de la muerte de Lytton.

Pero faltaba aún la obra que avalara tanta confianza puesta en él, esa obra que le permitiera abandonar la incómoda silla de mimbre y poder, al menos, estirar sus pies como correspondía a un apóstol.

Bergere

La ironía sutil saca carcajadas en quienes la comprenden, pero aún así es difícil imaginar el sismo político y artístico que causó *Victorianos Eminentes* al retratar las más recientes glorias

inglesas. La época Victoriana contaba con gran apoyo en la Isla, como también el género de la biografía. Pero, poco después de aparecer este libro, se instituyó un antivictorianismo y una revolución en el retrato de vidas ajenas.

Strachey, que posponía la escritura de lo que sabía su gran obra escribiendo una novelita erótica epistolar (*Ermyntrude y Esmeralda*), un tratado de Literatura Francesa a pedido (*Landmarks in French Literature*, 1912) y dedicándose a la crítica en el diario *The Spectator*, no estaba bien de platas. Bajo el pseudónimo, femenino por supuesto, "Dorothy Parkes", escribía unas críticas irreverentes y humorísticas, ajustándose a la perfección al estilo del periódico nombrado en honor de Joseph Addison y Richard Steele, grandes ensayistas del siglo XVII inglés. Pero las críticas tampoco le daban la influencia que quería, ni menos le aseguraban un retiro pronto a la campiña, lejos de todo, a descansar, a esperar la muerte.

Algo de su labor de crítico fue recordado (y luego antologado), pero el futuro tranquilo recordando el pasado que anhelaba no se condecía con hallarse aún a los 30 años bajo el techo familiar. Viajó a los países nórdicos y a España, sacando la conclusión que, cuando supo que su amigo Brenan iría a la Península, pudo poner en palabras: "Es la muerte, ¡la muerte!", graficando que cargar baúles y estar a merced de los vientos no era lo suyo.

De estos años es también la anécdota de su más típico rasgo facial, la barba. Quizá pronosticando que su fin no estaba lejos o quizá para ahorrarse el aburrido trabajo que supone recortarla día a día, escribió a su madre que comenzaría a conservarla y que no se la cortaría jamás, ya que le daba el aspecto de "un poeta decadente franc o alguien igual de distinguido". Era el año 1911 y moriría recién en 1932.

En 1913, instalado en los campos ingleses gracias al soporte económico de sus amigos, a quienes tal vez dijo que el aire puro podría recuperarle, logró captar el móvil y la poética que le llevaría al Olimpo, lo que tanto había perseguido, y que hoy conocemos por el diario de su amiga Virginia Stephen, ya transmutada en Virginia Woolf: "[Lytton] me confesó qué clase de ambición domi-

Quizá pronosticando que su fin no estaba lejos o quizá para ahorrarse el aburrido trabajo que supone recortarla día a día, escribió a su madre que comenzaría a conservarla y que no se la cortaría jamás, ya que le daba el aspecto de "un poeta decadente francés o alguien igual de distinguido". Era el año 1911 y moriría recién en 1932.

naba su vida: quería […] la influencia de un anciano cualquiera a quien en su ochenta cumpleaños la gente le presenta sus respetos; quiere manejar palabras de esas que envenenan a inmensos monstruos de falsedad. Era influencia, no fama lo que buscaba. Y con tal fin comenzó a escribir los retratos de cuatro íconos del siglo de Victoria, que marcaron a fuego a sus mayores.

Por *Victorianos Eminentes*, publicado en 1918, desfilan el Cardenal Manning; la enfermera y creadora de la Cruz Roja, Florence Nightingale; el pedagogo y reformador de la educación, Dr. Thomas Arnold; y el militar, héroe del Imperio en China y África, dueño del ejército siempre victorioso, Charles Gordon.

Eran las glorias que aún se lloraban en Britania, ésas que no terminaban de enfriar su sangre. La única opción de develar su inmensidad era mediante la hagiografía. Pero no para Strachey, quien con este libro mató de un tiro no uno ni dos pájaros, sino todos los que sobrevolaban en [illegible]os sobre su cabeza. Justificó las esperanzas

y loas de sus amigos de Bloomsbury, aseguró su porvenir, se retiró al campo y alcanzó la influencia que buscaba al reescribir la forma de la biografía y, de paso, de la historia. Y por si fuera poco, logró derrotar, con pequeñas palabras, a los grandes monstruos de la hipocresía.

Este alejamiento de la verdad, que puede parecer una aberración y una traición al lector, no es tan así y debe entenderse que su enunciación fue muy posterior al éxito conseguido.

Strachey, ese hombre alto, lánguido, de barba color óxido y anteojos gruesos, desarrapado y pinta de enfermo, con vista perpetua de estar mirando a la nada, era un lector eximio e ingenioso que preparó por años sus retratos.

Del Chesterfield al Chaise Longue

Con Dostoievsky y Freud como modelos, Strachey cambió la biografía. Había dicho que este género, "la más delicada rama de la Literatura, ha pasado a ser entre nosotros [los ingleses] un oficio de jornaleros", lo que le molestaba profundamente, debido a su interés por el pasado. Por esto, finalmente, se sentó a terminar los bosquejos alguna vez comenzados.

¿Cuál fue el gran cambio? El contar las vidas a partir de la brevedad, la distancia, el tratamiento psicológico de los personajes y la subordinación de los hechos históricos a la forma literaria. Es decir, la biografía como un arte en sí mismo. Tanto es así, que se atrevió a decir, ya en sus momentos de influencia, como un anciano al que le presentan sus respetos, que "la ignorancia es el primer requisito para un historiador, ya que esta simplifica y hace clara, mediante lo seleccionado u omitido, con plácida perfección, la mayor de las artes". Este alejamiento de la verdad, que puede parecer una aberración y una traición al lector, no es tan así y debe entenderse que su enunciación fue muy posterior al éxito conseguido.

Strachey, ese hombre alto, lánguido, de barba color óxido y anteojos gruesos, desarrapado y pinta de enfermo, con vista perpetua de estar mirando a la nada, era un lector eximio e ingenioso que preparó por años sus retratos. Tejió en segundo plano el verdadero motivo, aquél monstruo que carcomió los cimientos de lo establecido: lo dicho sin decir. Son una infinidad de personajes, menores pero conocidos para la época, que con una cita, una acción, una mirada furtiva, desclasifican los archivos de las figuras en cuestión, configurando una trama especular. Mejor dicho, espectral. Aparecen y desaparecen en uno de los perfiles para presentarse en el siguiente y ser una presencia ominosa en los otros. Son la verdadera oficialidad de los próceres que los años habían investido en bronce y estaño por todas las plazas del imperio. La pluma de Strachey, pues, hizo a estos monumentos lo que las gaviotas a las estatuas de San Pedro.

Así, escribiendo de forma corrosiva, por capas, indirectamente demoledor, irreverente e irónico, Strachey no necesitó más ayuda de sus amigos. Lo había conseguido: "el lector siente que la integridad apacible y complaciente de la organización de la sociedad se va disolviendo lentamente para recomponerse en un nuevo retrato", dice Dámaso López con acierto. Y aún cuando el británico haya dicho que "la historia de la época victoriana jamás será escrita, porque sabemos mucho de ella", él lo hizo, retirándose al campo, donde, por fin, acogió cumplidos bajo una manta, dignándose a asentir con la cabeza levemente. No fuera que debiese levantarse una y otra vez, ante cada persona que entrara, cosa que debió hacer con los hombres eminentes en su hogar de infancia. Bien merecido tenía ahora descansar.

El ataúd

Hoy sabemos lo que en 1931 empezó a aquejarle: un cáncer de estómago fulminante. En esa época no lo pudieron diagnosticar correctamente ni a tiempo. Era la verdadera enfermedad, quizá la única de toda su vida, que lo obligó a estar postrado los últimos meses, corroyendo su cuerpo como su escritura con los retratados. El 21 de enero de 1932 murió. Su frase de muerte fue: "Si esto es la muerte, no pienso mucho de ella", con la consabida ironía que dejó a Dora Carrington en la más oscura ignorancia. Tanta que dos veces intentó suicidarse, y sólo en la segunda pudo comprender qué era la muerte. Fue gracias a una escopeta. En la casa retirada que por años compartieron.

Al final, sólo queda el porvenir del porvenir

Una novela real. Minae Mizumura,
Adriana Hidalgo Editora, 2008, 607 pp.

POR JULIO GUTIÉRREZ G-H

Georges Perec, en su ensayo "Notas sobre lo que busco", distingue cuatro modos distintos que, a su juicio, rigen su particular forma de escribir novelas. Uno de ellos, el sociológico, se puede proyectar sobre *Una novela real* de Minae Mizumura, traducida al español por primera vez este año. La obra da relieve a ciertos aspectos que, con suma sutileza, permiten entrever las costumbres y preocupaciones de los japoneses de la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días.

Estas pequeñas escenas se disuelven en la vertiente principal de la trama: una historia de amor malograda por las diferencias sociales de sus protagonistas. Ellos son el eje en torno al que orbitan una serie de personajes, cada uno con su propia historia. Éstos, conforman un complejo entramado que refleja variadas observaciones sobre las costumbres de la sociedad nipona, marcada por la crisis de posguerra y la progresiva penetración del mundo occidental en su vida cotidiana.

Sin duda, esta obra hace un gran aporte al revisitar determinadas novelas occidentales bajo la óptica oriental. Pero, en una lectura más profunda, se advierte una reflexión acerca de la imposibilidad de detener el tiempo, de combatir el arrastre de formas y costumbres –decadentes y aparatosas– que condicionan a no esperar del futuro más que el paso del tiempo: al final, sólo queda eso.

En este sentido, se ha tendido a comparar esta obra con novelas costumbristas, tales como *Cumbres Borrascosas* (de hecho, la propia autora menciona a Brönte en la historia); u otras obras occidentales como *El Gran Gatsby*, cuya silueta dibuja ciertos rasgos del personaje de Taro Azuma, el misterioso inmigrante japonés que halla la fortuna en Estados Unidos, dejando atrás un pasado oculto en Japón.

No obstante, hay un giro que convierte a esta obra en algo distinto a esos interminables melodramas de amor-desamor y sometimiento al retrógrado y decadente juicio social: una estructura de cajas chinas que deviene en una compleja red en que se cruzan acontecimientos, personajes y espacios en distintos momentos y contextos. Hasta la propia autora participa de este entramado, dando inicio a la historia.

Otro rasgo llamativo de esta novela se condice con su título: la realidad de este relato viene dada por distintos antecedentes que se van mostrando al lector. En primer lugar, la presencia de la propia Mizumura sosteniendo todo el tejido de la historia, por medio de esa cadena de relatos oídos o vividos que se entrecruzan entre sí; luego, las fotografías que aparecen esporádicamente haciendo referencia a lugares definidos que se mencionan en el relato de los personajes: esta referencia a algo concreto, *real*, le da otra textura a la novela, una cercanía inquietante con la anécdota entremezclada con el mito, rezumada a su vez por la oralidad.

Sin duda, esta obra hace un gran aporte al revisitar determinadas novelas occidentales bajo la óptica oriental. Pero, en una lectura más profunda, se advierte una reflexión acerca de la imposibilidad de detener el tiempo, de combatir el arrastre de formas y costumbres –decadentes y aparatosas– que condicionan a no esperar del futuro más que el paso del tiempo: al final, sólo queda eso. Los personajes de esta novela, marcados por su propia intrascendencia, solamente contemplan el porvenir del porvenir, mientras que lo dicho, lo contado, permanece como un fantasma en un terreno baldío.

La patria, un testimonio de muerte

El cementerio más hermoso de Chile. Christian Formoso, Cuarto Propio, 2008, 357 pp.

POR **FELIPE MONCADA**

El cementerio más hermoso de Chile es, en una pequeña patria marcada por la inclemencia, la naturaleza despiadada, el hambre y la soledad.

El libro comienza con un extracto apócrifo de *La Araucana*, como si Ercilla hubiese olvidado fundar con su poesía la última región del territorio, dando comienzo, desde su no-fundación, a una historia de marginalidad: "Sobre sus islas o en tierras bañadas / por cielos más hondos, o en su silencio / o en las planicies que lloran calladas / el luto sin pausa hermano del viento / se llega a la tierra no cortejada / por ningún vivo, guardada a los muertos." Y la presencia de la muerte en el territorio es, precisamente, el norte que sigue este poemario. Un norte señalado por la brújula de los naufragios que pueblan el Estrecho de Magallanes.

La piratería, la sedición, los fusilamientos preceden a una pacificación social que no es más que un extenso lapidario. Cito una Expropiación de Sepultura: "Yo no sabía leer y había que leer / el diario para ir a firmar la escritura / así me dijeron, que no fui / cuando debía haber ido, que no fui / y por eso perdí la tumba / y los huesos se me quedaron / allá enterrados."

Destacable es el continuo cambio de registro desarrollado en los capítulos: el autor hace uso de la prosa poética, de breves poemas con forma de epitafio, otros que parecen ser unas "tumbas parlantes", pasa por la descripción, el relato alucinado, la crónica al estilo de los navegantes renacentistas o el registro antropológico y los relatos de pobladores de las tomas.

"El cementerio" se edifica, a medida que la historia avanza, por inmigrantes muertos, literalmente de hambre, que esperan barcos de la última esperanza, o por restos óseos de indígenas canoeros que se confunden con los de detenidos desaparecidos, cerrando una centenaria tradición de violencia y cobardía. La piratería, la sedición, los fusilamientos preceden a una pacificación social que no es más que un extenso lapidario. Cito una Expropiación de Sepultura: "Yo no sabía leer y había que leer / el diario para ir a firmar la escritura / así me dijeron, que no fui / cuando debía haber ido, que no fui / y por eso perdí la tumba / y los huesos se me quedaron / allá enterrados."

Los momentos culmines de la obra se logran al coincidir el desarrollo temático con un hallazgo en el lenguaje. Por ejemplo, en el capítulo "Panteón Sucursales", donde la filosofía del *Reality Show* se incorpora a la trama, o en "Canción Para los Niños Muertos en los Basurales", donde se puede leer en la voz de Carlos Nahuelpán: "Al tiro cuando entramos / me mandó una patada, y después otras para / que no sea maricón, dijo, para que no llore / como maricón. Al final me dijo comemierda / mejor no hubieras sido mi hijo, pero / ya vas a ver".

Y si provoca desazón leer el texto, más la debiera provocar el hecho que la violencia, la marginalidad y el hambre sigue siendo una tradición familiar chilena, más allá de la literatura. *El Cementerio más hermoso de Chile* de Cristian Formoso –sin caer en un realismo socialista–, resulta un acabado testimonio de aquellas tradiciones patrias, invitándonos a repensarlas.

GRIFO AWARDS 4.0

Ganadores del concurso literario Grifo 2007

Con más de 200 trabajos recibidos en las cuatro categorías en competencia –cuento y poesía, en las categorías libre y escolar–, presentamos los ganadores de la Cuarta versión del Concurso Literario Grifo.

Un jurado de excepción compuesto por los escritores Carlos Labbé, Jaime Pinos y el Editor General de Revista Grifo, Lucas Vergara, en Cuento; y Soledad Fariña, Tomás Harris y Camilo Brodsky en Poesía, otorgó el siguiente fallo:

PRIMER LUGAR CATEGORÍA POESÍA ESCOLAR

Diana

POR **PAOLA HERMOSILLA**

Paola Elizabeth Hermosilla Berríos (Talca, 1990).
Liceo Abate Molina de Talca.

Eres únicamente Diana,
Sin igual, ni semejante,
Incomparable a cualquier modelo,
Tan natural como las plantas;
Mas cambiaste y ahora
Eres Diana marca Avon,
Pelo Kolleston, colonia Channel;
Una princesa que sueña ser otra,
Una flor que el consumismo marchitó
Transformándote en otra, pues
Eres otra Diana, otra de tantas,
Mismo sentir, misma ropa,
Mismo pensamiento, robótica.
Que más da… todas son iguales.
Compraré en Ripley otra Diana.

PRIMER LUGAR CATEGORÍA CUENTO ESCOLAR

Los actores

POR **ANDRÉS MONTERO**

Andrés Jesús Montero Labbé (Santiago, 1990).
Colegio SS.CC. Manquehue.

Pienso que tal vez sería mejor esperar adentro, por el frío. Debería haber salido más abrigado, y quizás menos formal. Odio pensar mejor las cosas cuando ya son irreparables, pero tampoco es un asunto de vida o muerte. Ellos no saben quién soy, y al fin y al cabo, las misas son misas. Nadie me puede negar la entrada. Si me ven, ella pensará que vengo de parte de él, y viceversa. Perfectamente puedo ser un primo lejano, y por lo demás, no creo que se vayan a preocupar de un extraño justo en el día de su matrimonio. Ellos no saben quién soy, ni que tal vez he esperado este momento aún más que ellos. El y ella sabían que se iban a casar, en cambio yo he tenido que aguardar doce años para comprobarlo. Doce largos años, desde aquel lejano día en que los oí hablar, por primera y última vez.

Me despedí de los muchachos antes de acabar el cigarrillo, porque vi a lo lejos el deseado resplandor naranjo de la micro, detenida por milagro en una luz roja. Me siento un poco ridículo cuando corro para alcanzar el transporte y fracaso en mi intento. Por eso nunca lo hago. Sin embargo, ahora caminé tan deprisa que era casi como trotar. No podía dejar pasar ésta (y era raro que lo pensara, porque no tenía ningún apuro), así que en cuanto el simpático personaje verde del semáforo comenzó a aparecer y desaparecer de mi vista, emprendí la carrera. El chofer ya empezaba a hundir su pie en el acelerador cuando me vio en la puerta, golpeando casi con desesperación. Creo que iba a hacer caso omiso de mí y de mi urgencia, pero algo debió notar en mis ojos. Algo que yo no pretendía irradiar. Me sorprendí al ver mi reflejo en la puerta, con una barba miserable y la corbata desarreglada; demostrando con mis ojos una urgencia que no tenía, una desesperación impropia, pretendiendo que el subir o no a esa horrible micro era algo de vida o muerte. Me sorprendo ahora de verme en el espejo de esta ancha puerta con una barba abultada, con la corbata impecable y aún irradiando mis ojos una urgencia que sí tengo, una desesperación intrínseca, pretendiendo que el entrar o no a esta iglesia es un asunto de vida o muerte. El chofer se extrañó y apretó de pronto el freno. La inercia hizo lo suyo, y algunos pasajeros se golpearon la cabeza en los asientos de adelante. Ellos también, pero en ese momento debían reír. Gajes del oficio. Murmuré una palabra de sincero agradecimiento y pagué mi pasaje. Sólo había un asiento desocupado, pegado a la ventana y delante de ellos. Bendición o desgracia, arrastré mi mochila y me senté. A mi lado viajaba una joven, un par de años menor que yo, que escuchaba música. Por eso no los oyó. Por eso soy el único extraño que está hoy, doce años después, afuera de esta iglesia y fumando un cigarrillo tras otro, aguardando que el reloj marque por fin las nueve de la noche.

Llovía levemente y creo que hacía bastante frío, pero la micro abarrotada de gente llenaba la máquina de una sofocante sensación. Ellos dialogaban. Mi primera impresión fue que charlaban de temas algo triviales e incluso forzados, como si recién se hubieran conocido en esa micro: la necesidad de entrar a una universidad, lo mal que andaba el país, el frío que hacía afuera… Pero había algo en sus voces que me llamaba la atención. Ella tenía una voz casi natural, pero la de él era definitivamente forzada, como si estuviera leyendo lo que decía. Intrigado, miré de reojo hacia atrás y comprobé que no me había

equivocado: ella y él tenían en sus manos el guión de una obra de teatro, cuyo título no alcancé a distinguir. Sonreí y me despreocupé de ellos: sólo estaban ensayando sus parlamentos para alguna función. Aún así, el guión me parecía un bodrio. Llevaban casi diez minutos practicando, y no habían dicho nada interesante. Sólo el frío, el país, la universidad…

Me olvidé de ellos y saqué un libro de mi mochila. Había un taco terrible, y quizá lograría leer algunos capítulos antes de bajarme. Pero los actores lograron captar nuevamente mi atención, porque de pronto la obra tomó un rumbo algo más apasionado. Él, con su misma voz forzada e impropia, le decía a ella que la amaba. Ella reía (no era una mala actriz) y luego le preguntaba si se lo decía en serio. Él se demoró un segundo, dio vuelta la página y sólo entonces respondió que nunca había hablado tan en serio. Entonces, para infinita sorpresa mía, se besaron apasionadamente. Creí que se habían salido del libreto, porque aquel beso no era, no podía ser actuado. Ese beso largo, sonoro, sólo podía ser obra del amor. Me convencí de esto, pero de pronto ella y él se separaron y continuaron leyendo sus guiones. Él responde, ahora con una voz natural, que mejor preguntaría al otro día. Entonces siguen leyendo. Él dice, con la voz impostada, que se bajará dos semáforos más allá, porque tiene que ir a Irarrázabal con Pedro de Valdivia. Es que su padre ha puesto un nuevo local, y él será quien lo atienda.

Él: ¿Te imaginas, amor? ¡Mi propio local!

Ella: Será increíble, te voy a ir a ver todos los días (se besan nuevamente).

Él: Y cuando ya haya sacado una carrera y tenga mis ahorros, nos vamos a casar, mi vida.

Ella *(Mira hacia la calle y luego lo mira a él)*: ¿De verdad, te vas a casar conmigo?

Él: ¡Por supuesto! ¡Tú sabes que eres la mujer de mi vida! (Ríen).

Ella: ¿Y cuándo será eso?

Él: Casémonos en un día como hoy, veintinueve de abril, pero en doce años más.

Ella: ¿El 2020, entonces?

Él: ¡Sí!

Ella: ¿Te parece que sea en la Iglesia de la Santísima Concepción?

Él *(Se toma la pera en señal de duda)*: Está bien, no se me ocurre ninguna mejor. ¿Qué hora es?

Ella *(Mirando su reloj)*: Las nueve. ¿Nos casamos a las nueve, entonces?

Él: ¡A las nueve de la noche, el día veintinueve de abril de 2020, en la Iglesia de la Santísima Concepción! *(Se besan apasionadamente)*.

Yo no podía dejar de mirar el reflejo de la ventana, sumido ya en la historia que ensayaban estos dos jóvenes. ¿Pero cuál era la ficción, cuál era la realidad? ¿Realmente estaban leyendo un guión? ¿Era una historia ficticia? ¿Cómo podía ser que esos besos no tuvieran en realidad un amor infinito? Miré de reojo hacia atrás, desesperado por encontrar a algún pasajero que los observara tan sorprendido como yo, pero fue en vano. Nadie parecía darse cuenta de que la función ya había comenzado. La micro avanzó un poco más y se detuvo en un semáforo. Era el segundo. Él la besó. Ella le dijo que mañana lo iría a ver a

su local en Irarrázabal. Él leyó que la amaba. Ella leyó que lo amaba más. Él le dijo adiós, mi novia. Ella rió y lo siguió con la mirada hasta que bajó de la máquina, en dirección a un tan probable como imposible local en Irarrázabal. Yo miré una vez más el reflejo de la ventana y ella me vio a través de él. Me sonrió con nerviosismo. Creo que le devolví la sonrisa. Después de todo, se iba a casar. Unas cuadras más allá, me levanté mecánicamente de mi asiento y toqué el timbre. La micro se detuvo. Creo que ella me miró una vez más. Bajé y la lluvia me recibió con hostilidad. Eran algo más de las nueve de la noche, era un día precioso.

Ha comenzado a llover, pero aún así no me animo a entrar a la iglesia. Por lo demás, la novia aún no ha llegado. Pienso que tal vez sería mejor entrar sólo para presenciar el momento en que el sacerdote los declare marido y mujer. Después de todo, es lo único que me interesa. Doce años, y aquí estoy, sin saber sus nombres, sin recordar sus rostros, pero con una intriga cósmica alimentada por el paso de los años: ¿estaban actuando o realmente se amaban? Sus besos me hacen pensar lo segundo: eso era amor. ¿Pero el guión, sus voces falsas y las malditas acotaciones…?

Creo que lo mejor será no ver entrar a la novia. Ya esperé doce años; puedo esperar un poco más. Comienzo a caminar bajo la lluvia, a paso lento y reflexionado, alejándome de la iglesia. Compro más cigarrillos. Fumo, pienso, recuerdo. Pasan los segundos, los minutos. Al cabo de un rato miro el reloj: la novia ya debe haber entrado. Me arreglo la corbata, me peino un poco. Camino de vuelta a la iglesia. Las manos, la frente, todo me transpira. Me detengo frente a las anchas puertas de la iglesia. ¿Cómo saber si son ellos? Una señora me pide permiso. Entro con ella, el corazón late con furia. Parece que me persigno. Nadie me mira. El sacerdote le pregunta a ella si lo acepta a él como futuro esposo. Ella lee que sí. Él lee que también. El sacerdote los declara marido y mujer. Ellos toman sus guiones, dan vuelta una página, ríen, se dicen algo y luego: (se besan con pasión mientras los presentes aplauden). Yo comienzo el aplauso. Todos me siguen. Me doy vuelta, abro la puerta y me retiro de la iglesia-teatro, poniendo fin a la obra más larga de la historia, acabando con doce años de insomnios, confundiéndose mis lágrimas con la lluvia desatada en temporal.

PRIMER LUGAR CATEGORÍA POESÍA LIBRE

Vuelo (Fragmento*)

POR **RODRIGO ARROYO**

Rodrigo Arroyo (Curicó, 1981). Licenciado en Artes Visuales por la Universidad de Playa Ancha. Actualmente es becario de la Fundación Neruda. Ha publicado el libro *Chilean Poetry* (Ed. Fuga, 2008). Como artista visual cuenta con dos exposiciones individuales, *Untitled* y *Traslados*, y ha participado en varias exposiciones colectivas.

IV

Vuela cierta ceniza, hasta adherirse lentamente en tus manos, así,
te recordaré junto a las ruinas
sobre el piso de madera que cubre el cielo de la patria. Te recordaré aunque la mano ya no quiera dibujarnos en ninguna viñeta, y seamos puntos perdidos de una pluma que teme gastarse en los muros de la gran ciudad;
fuiste un río que seguí con la corriente, desde fuera, afuera.
Cierta música te ronda entre los ojos, dejando rastros a la distancia.

No es necesario que seas una mujer
desaparecida, dibujada por el viento.
Sombras traídas desde el sótano anuncian el doblez de tu silueta,
eres persistencia de una identidad casi extinta, basta con eso,
de arriba pareces desprovista de reflejos, desarraigada, llena de ficciones,
fragmentada. Eres canto de mar eres,
has entrado en mí como saliendo del caballo,
rápido, entera.

Ahora entonces –*entre tantas palabras*– busco aquella
que te arranque y te deje en la entrada del laberinto,
esperándome, mirando mi voz
o el silencio bajo el cual nos comunicamos.

* El texto *Vuelo* en su totalidad es publicado en nuestra versión web: www.revistagrifo.cl

V

Música,
chispas para iluminar una vieja foto

vidrios rotos
el mar simulando olas
nosotros simulamos estar meciéndonos,
destierros, música.

La lluvia no puede explicarse con un puñado de gotas,
cierto engaño, signos
un ciprés a punto de caer hasta su sombra. Un invierno sin diálogo es memoria,
el giro de un poema es situarse en el lugar del objeto
(*para mirar y ser mirado*)
como cuerpo en reposo esperando morir, *lentamente*.

Música –*otra vez*– cierta falta de atracción por la muerte,
la secreta presencia de una fosa,

¿Por qué no una poética encerrada?
¿Por qué no el heroico intento por salvar el brillo de los viejos metales?

Los objetos deben ser mostrados, pero no dichos,
los objetos constituyen un modelo parecido al de un río entrando al mar, por la noche.
Es en la entrada que todo ocurre: las violaciones, las marcas, los ruidos
el paso del río al mar es un deseo de luz, oculto en la sombra del objeto.

IX

La cuerda más delgada une tu voz a mi ojo
¿Sabes?, te dibujo con tiza en las sombras de cada palabra
en la orilla, en el acceso, en la salida, en el subsuelo
en el latido oscuro de cada palabra.

PRIMER LUGAR CATEGORÍA CUENTO LIBRE

Vera Kopta

POR **FELIPE GONZÁLEZ ALFONSO**

Felipe González Alfonso (Santiago, 1980). Entre otros galardones, ha obtenido el Primer lugar de este mismo concurso en su versión 2005. En el 2007, fue finalista del Concurso internacional de cuentos "Juan Rulfo" realizado por Radio Francia Internacional. Actualmente cursa la carrera de Licenciatura en Literatura en la Universidad Alberto Hurtado.

¿Qué alternativa está libre de males?
Esquilo, *Agamenón*

Acababa de colgar el teléfono y no lograba comprender, no terminaba de asimilar el significado de esa llamada de Vera Kopta, justo un año después de haberme instalado en París y de haberse perdido todo contacto entre nosotros. Ese breve pero elocuente informe acerca de los éxitos de su vida, mucho menos meritoria que afortunada. Éxitos atribuidos por ella al hecho de haber tomado las decisiones correctas en el momento preciso: *The right man in the right place* y todo ese discurso fácil sin considerar en ningún momento los imprevistos del azar. La palabra felicidad repetida hasta el hartazgo, hasta la pérdida de su dudosa significación, no para compartir la alegría de una circunstancia favorable, sino más bien para dar cuenta de un hecho digno de envidia: Vera Kopta embarazada, concluyendo su doctorado en Filosofía Escolástica; Vera Kopta amada y amando al mismo tiempo a quien ella no dudó en juzgar "el amor de su vida"; Vera Kopta de frente, de perfil y de tres cuartos posando para la posteridad en las fotografías de su matrimonio; Vera Kopta dando a luz seis meses después de la celebración religiosa, en un hecho que lejos de ser considerado escandaloso, fue interpretado, por quienes desconocían la circunstancia, como un gesto sutil de sana liberalidad, prefigurado por el capricho de estudiar Filosofía en una familia de médicos y abogados; Vera Kopta citando *De Civitate Dei* para fundamentar sus intuiciones y rebatir mis argumentos sobre la inexistente relación lógica entre un acto bondadoso y un éxito posterior en el mismo individuo, pura suerte, Vera Kopta, simple azar, coincidencia; Vera, reprochándome, Kopta, entre líneas, claro está, el haber postulado, sin consultarle, a la beca de estudio en París, rue du Temple, con buhardilla y Simone para las noches, cómo diablos supo mi número y su nombre; el haberme acostado con su amiga poco antes de venirme, cuando ya me había abandonado en venganza de mi viaje. Espérame, Vera, sólo algunos meses. Kopta todavía al teléfono y el hombre, muchacho, siempre sabe cuál es la decisión correcta porque Dios se la inspira y no necesita conocer todas las posibilidades para escoger la adecuada. Vera, no quiero discutir, no dogmatices, *La Ciudad de Dios*, ja; la imposibilidad de la interpretación moral del mundo, tú me conoces, Vera Kopta. ¿Aló? Y el pito en sol del auricular hasta el fin de los tiempos. *Bon soir, à bientôt*. Y mejor dicho hasta nueve años después en Chile ("Ir a Matucana y pasear por la quinta y al Santa Lucía contigo mi bien"), cuando traigo a Simone, inocente como los pájaros, enterada a fuerza de pequeñas y no obstante permanentes confesiones sobre todos los pormenores de mi relación con Vera: Vera Kopta cuatro años; compañera y amante; infidelidades reiteradas de mi parte, terribles traiciones; paciente en un principio y después aquejada de unos celos enfermizos que la llevan a mantener una vigilancia policíaca sobre mi persona; creyente, practicante; incapaz de ocultar una infidelidad en mi contra con quien sería su futuro esposo, la relación parece afirmarse; pocos meses después se entera de mi postulación y me abandona. Vera Kopta, entre nosotros –pero de esto sólo me di cuenta cuando colgué el teléfono–, Vera Kopta, los celos me derribaron.

Y encontrarte justo aquí, ahora

En este café donde veníamos a beber con René, con Nico. Encontrarnos por algún motivo que para ti no podría ser la simple casualidad, Vera. Casi resignado a escuchar el segundo capítulo de tu vida perfecta, el reverso exacto de la mía, tan llena de malas decisiones, como por ejemplo largarme de Chile sin dejarte disfrutar plenamente tu pequeña venganza. Ese orgullo monstruoso; dejarme poco antes de emprender el viaje. Casi resignado, Vera Kopta, pero de pronto la meningitis de tu hija y su muerte en pocos días, el divorcio producto de la depresión, el infierno en la tierra, Vera Kopta, esas mismas palabras. Qué puedo decirte. Los gritos contra la almohada hasta desgarrarte las cuerdas, Vera, por qué a ti, por qué si tú hiciste todo como debías, Vera, o acaso Dios es ciego, acaso no hay un orden, un signo de justicia. Me quiero morir, Vera, las pastillas todos los días, Kopta, todos los días el infierno en la tierra, esas mismas, esas precisas palabras, este valle de lágrimas. Vera, diez años, Simone llamando al celular, y el café y el barrio siguen idénticos, diez años sin verte, y colgar y apagar el teléfono para siempre, voy a estar muriéndome para siempre. Eso pensabas, Vera, no podías soportar la muerte de tu hija, de esa manera, morirse a los siete años, de la noche a la mañana, como se acaba todo en esta vida.

Hasta que tú misma te mataste para dejar de estar muriendo

Simone, no me llames más, nunca más, no lo puedo soportar más, Vera, y colgar una soga en la viga, Kopta, estuviste muerta, balanceándote como ese péndulo de la suerte que sostiene al mundo; viste a la pequeña mientras agonizabas, casi a punto de entrar

En lo Otro

Le rogaste a Dios:

–Devuélvemela.

Como un niño que proyecta todos sus deseos, antes de abrir el envoltorio, para obtener así el regalo esperado, como si la imaginación pudiera trocar la realidad, como si la voluntad del pensamiento pudiera intervenir en la materia. Kopta, apretaste los dientes en tu muerte y con todo el poder de la fe que te fue posible reunir, Vera, y te dolieron los dientes, le rogaste a Dios:

– Devuélvemela.

En ese momento se produjo el milagro

Así, con tus propias palabras, Vera, no exagero. Dios escuchó tu voz. Y de pronto estabas arrodillada en el desierto, no era un sueño, no; todo era más claro, más real que la misma realidad, no era ninguna alucinación. Tú tocabas –como yo ahora, sentado en esta mesa, toco tus manos y siento la misma tex-

tura de hace tantos años–, tú sentías, Vera, la textura de cada grano de arena bajo tus palmas; hubieras podido enumerarlos sin abrir los ojos, pero no podías evitar verlo todo, aunque los mantuvieras cerrados. Y veías, por ejemplo, las partículas que al interior de los átomos de un camello giraban en torno al núcleo. Vera, viste el núcleo del núcleo, y el núcleo del núcleo del núcleo, hasta el infinito. Escuchaste el movimiento de los astros y te trajo el recuerdo de la sonata para violín y piano de César Franck que tu padre escuchaba una y otra vez durante los días de tu infancia, en la casita de Las Cruces. Vera, pudiste retenerlo todo, porque eran impresiones de un grado diferente, de una categoría desconocida. Detrás de ti, sin saberlo y sin sentirlo, sabías y sentías

La presencia de Dios

Y era una presencia tal que la soledad contenida te produjo el efecto de una multitud de personas habitando en tu interior. Vera Kopta, escuchaste la algarabía de una guerra. Y Dios, sin articular palabra, te ordenó mirar esas dos esferas inmensas, pero diminutas al mismo tiempo –pues no había referencia de tamaño–, que tenías delante, y tú recién ahí las viste, porque aparecieron sólo cuando Él las nombró, Vera, sin palabras. Tú las miraste y desaparecieron; para continuar escrutándolas sólo precisabas tu memoria. Ahora giraban en tu interior. El vértigo era intolerable; esas esferas eran el plano del universo: en ellas figuraba cada uno de los ruidos que una hoja hizo al caer, cada cabello, cada grano de arena que ha existido. Y viste a tu padre en el momento de engendrarte y el incomprensible mecanismo del amor en nuestros cuerpos. Pero a ti, Vera, por supuesto, no te interesaba asomarte al universo, curiosear en lo múltiple, si no era para presenciar de una sola vez, simultáneamente, los siete años de la vida de tu hija.

Y viste todo lo que hizo y supiste todo cuanto pensó

Y viste el instante preciso cuando la bacteria entraba en ella, Vera, por Dios, todo el proceso de la enfermedad al interior de su cuerpo; la degradación tras la muerte. Y retiraste la vista, porque al ver la integridad de su vida como un libro abierto en todas sus páginas, estabas obligada al atroz, al constante espectáculo de su muerte. Entonces lloraste, Vera Kopta, un llanto inmemorial, primitivo, demasiado humano. No querías saber nada más de ella. La enfermedad ya no era un accidente ante tus ojos, sino algo tan propio de la pequeña como su corazón y su cerebro, Vera, como sus mismos ojos. Entonces Dios te indicó la segunda esfera

Y viste una variación desquiciada de la Historia, Kopta, pero también

A los hijos de la pequeña y a los hijos de tus nietos. Y hasta su muerte era bella, porque ya era una mujer vieja y tú habías muerto, como deber ser, pensaste, y Dios escuchó claramente. Entonces le exigiste a Dios comenzar de nuevo, desde el principio del tiempo, desde antes, desde fuera del tiempo, bajo el molde de esa esfera. Pero Dios, el que todo lo puede, porque el amor todo lo puede y lo perdona, se negó, Vera, y tú gritaste, y en medio del llanto lanzaste maldiciones, improperios contra el Gran Hacedor. Y entonces Él dijo que ese mundo, que esa posibilidad no era perfecta, porque algo imprescindible faltaba en su arquitectura, y esa ausencia arriesgaba el equilibrio de toda la construcción. Y tú, Vera, lo encaraste, ¡Pero qué demonios falta!, y prometiste dedicar esa vida tuya posible a remediar su negligencia. Reparar el edificio desde dentro. Le rogaste a Dios, Kopta, y tu voz resonaba en el desierto de una manera terrible, porque dentro de ti habitaban multitudes y habían guerras.

Todo es guerra, se escuchó en un grito desde el coro

Entonces Dios contestó:

–En ese mundo imperfecto la bacteria muere antes de invadir su cuerpo.

Y te ordenó despertar, regresar otra vez al mejor de los mundos posibles. Y despertaste, Vera Kopta. Alguien había evitado que tu peso terminara por ahorcarte. Regresaste. Supiste –pero esto yo no lo puedo comprender–, que esa muerte era bella y necesaria, como la bacteria, como la ventana abierta por tus propias manos, Vera, y la brisa de aire en que vino; la bella nariz irrecuperable que le permitió concluir su ciclo vital, evitando así la caída de todo el universo sobre sí mismo.

Cómo no voy a creerte

Vera Kopta. Es perfecto. Tal vez todo esté mejor así, no sé qué decirte, necesito un trago, Vera, Simone llamando, que espere un momento, me dirás, y qué puedo decirte, que espere cinco, diez años, ya no importa nada, mejor colgar, mejor apagar el teléfono para siempre. Lo que hagamos será lo mejor, me dirás, porque éste es el mejor de los mundos posibles, cómo no, pero el sufrimiento y la injustica, Vera, y toda la tragedia de este mundo, y la lucha de que hablabas, de frente, de perfil y de tres cuartos posando para el ojo ciego del que todo lo ve, Vera, diez años, Simone llamando al celular, y el café y el barrio siguen idénticos, diez años sin verte, y colgar y apagar el teléfono para siempre, voy a estar muriéndome para siempre, dirás: ahora es diferente, todo lo cambia el momento, vámonos de aquí, dirás. Y yo responderé: pero y Simone, Vera. Y tú al oído, con esa misma voz de los buenos años: vámonos de aquí, ya no puedo esperar más. Y yo te seguiré Vera, a pesar de todo

A pesar del tiempo y de la muerte
A pesar del amor
A pesar del orden
Y quién sabe
Si a pesar del caos.

Colaboran en este número

Constanza Bustos
(Santiago, 1989). Ilustradora. Estudiante de Psicología en la Universidad de Chile.

Eduardo Castillo Espinoza
(Santiago, 1974). Profesor e Investigador de la Escuela de Diseño UDP. Entre otras publicaciones, es autor de *Puño y Letra, movimiento social y comunicación gráfica en Chile* (Ocho Libros Editores, 2006), y compilador en *Cartel Chileno 1963-1973* (Ediciones B, 2004).

Cristián Cox Puga
(Santiago, 1985) Estudiante de Literatura UDP. Actualmente se desempeña como Corrector de Textos de Revista Grifo.

Julio Gutierrez
(Santiago, 1984) Licenciado en Literatura. Sus cuentos han obtenido reconocimientos en el concurso Roberto Bolaño.

Felipe Moncada Mijic
(Quellón, 1973). Poeta y profesor de Física. En el 2007 es antologado en el libro de poesía joven porteña, *El mapa no es el territorio*.

Francisco Mouat
Escritor, periodista y animador radial. Entre sus diversas publicaciones se encuentran *Cosas del fútbol* (1989), *El Teniente Bello y otras pérdidas* (1998), *El empampado Riquelme* (2001), *Chilenos de raza* (2004), *Tres viajes* (2007) y *La vida deshilachada* (2008).

Andrea Palet
Periodista de la Universidad Autónoma de Barcelona. Directora editorial de Ediciones B y académica de la Universidad Alberto Hurtado.

Nicolás Rodillo De Vicente
(Santiago, 1982). Estudiante de Comunicación Estratégica UAH.

Lucas Vergara
(Santiago, 1984) Editor General de Revista Grifo.